

Los Viajeros y las Uvas...

ESCRITOS CORTOS

Jorge Arturo Briceño



© 2017 Jorge Arturo Briceño
Reservado todos los derechos

Diseño e ilustración de portada: Ana Briceño Guerrero
Laserline Druckzentrum Berlin KG

Impreso en Alemania
ISBN 978-3-00-058592-0

Contenido

Presentación 7

LOS VIAJEROS Y LAS UVAS

Los Viajeros y las Uvas 9

¿Con quién vamos? 11

Bajando por esas laderas... 13

Blasita Salazar 15

Gladys 17

La Tía Vieja 19

Rosita 21

Los pasos del gigante 24

Furiocix 25

El hombre que sabía volar 27

Quique 29

Ojos azules 31

De nuestra tierra ha nacido un profeta 33

Trapito 35

El Gallo Mágico 37

Lola en la ventana 39

La aritmética de Muchugú 41

Burundanga 43

Edwin y la huelga de El Turpial 46

El nombre secreto del pato 51

Los amigos 53

Eso es imposible 55

DEL AMOR

El amor bajo el hombre está creciendo 59

Tesoro 61

Una revelación 63

Los milagros cotidianos 64

SOBRE CONOCER

- Conócete a ti mismo (1985) 69
- La necesidad de un diálogo con la historia (1985) 71
- Esta es la manera 73
- Daniel en la fosa de los leones 75
- No hay edad para decepcionarse 77

APRENDIZAJE

- Lo que vine a aprender (De una carta de 1985) 81
- Pinocho en el País de los Juguetes 83
- Con la espada en la mano 85
- Ayuda para escribir 87
- Abejitas (1985) 89

SUPERACIÓN

- El elefante encadenado 95
- Eso de hacerse bonito 97
- Del ser (De una carta de 1985) 99
- Ricardito el del tupé 101
- La vida es un traje a la medida 103
- Cada cual con sus talentos 104

ORGANIZACIÓN

- El pecado de los buenos 107
- El elefante en la oscuridad 109
- A estar guindando mejor caerse 111
- La sopa de piedras 113
- El mito de Caín 115
- Burro que se enreda, burro que se ahorca 116
- Nos ponen a barrer y... ¿se nos paran en la escoba? 117
- La sociedad de La Argollita 118
- Lecciones del fútbol 119
- El principio de Gabriel 121

CONTAMINACIÓN

- Alcohólicos Anónimos 125
- La cabeza que habla 129
- El rey Midas 131

A mi esposa, hijos y nietos.

Presentación

Una razón por la que he decidido mostrar estos escritos, tan alejados de lo que ha sido mi ocupación a lo largo de todos estos años, ha sido el estímulo que he recibido de personas amigas alentándome a escribir lo que ha sido mi manera de conversar: acompañar con cuentos, fábulas, y refranes las experiencias propias, las enseñanzas de mis mayores, maestros, amigos y diferentes autores.

Puesto que se trata de escritos surgidos en diferentes etapas de mi vida no me sorprendería que haya inconsistencias, de forma y de fondo, por lo que ruego entonces al amable lector que obvie los errores como lo hace el paciente agricultor que, ayudado por el viento y la gravedad, separa el grano de la paja. Por otra parte, no quiero repetir la fábula del ciego al que se le dio un farol para que se alumbrara en el camino lo cual él consideró inútil porque no podía ver el camino iluminado aunque llevase la vela prendida. En mi caso, el modesto farol - titilante luciérnaga- que llevo en mi mano, puede ser que no alumbre mucho más allá de mis pasos y mi vista cansada apenas pueda distinguir una sombra de otra pero quizá, en la lejanía, unos ojos más perceptivos vean el parpadear de esta vela.

Los Viajeros y las Uvas

Las caminatas me remontan a los tiempos escolares cuando en compañía de nuestro apreciado maestro don Francisco Rojas Tenorio los alumnos del quinto grado de la Escuela de Varones hacíamos paseos a pie por los bonitos caminos santacruceños. Deseábamos igualar el gallardo caminar de nuestro maestro: cuerpo recto, pasos largos y frente en alto. Íbamos alegres, acelerando nuestro caminar hasta convertirlo en carrera, para tomar ventaja cuando el viejo maestro descansaba bajo alguna sombra o paraba para cerciorarse que ninguno de la tropa de chiquillos se rezagase. Recuerdo haber caminado por el polvoriento camino que llevaba a Lagunilla, pueblo natal de la escritora María Leal de Noguera, sudando copiosamente bajo un sol inclemente. En otra gira disfrutamos de ver los cultivos y pastizales rumbo a San Juan para luego subir al lugar llamado Juan Díaz ubicado en las estribaciones de la cordillera de Guanacaste. Ahí cambiamos el tórrido clima de la ciudad por la brisa fresca y pura de la montaña desde donde oteábamos las tierras bajas santacruceñas.

Toda vez que las caminatas eran largas, siempre llevábamos algo de beber y de comer. Estas giras tenían fines de enseñanza (conocer el cantón y su naturaleza), acondicionamiento físico y esparcimiento.

En el mundo hay muchos que viajan por esas mismas razones si bien la mayoría lo hace por necesidad. Me atrevo a decir que todos hemos andado por los caminos de Dios, solos o acompañados, como le ocurrió a un grupo de viajeros que relata

una fábula sufí. Se trata de unos peregrinos que van a visitar un santuario. Unidos por sus promesas se encuentran gentes de diferentes nacionalidades, idiomas, y clases sociales. Como es de esperar en el camino les acosa, además del cansancio, el hambre y la sed. El problema de ellos es que llevan solamente una moneda para satisfacer las necesidades de todos. Siendo de tan diferentes lugares y condiciones no encuentran cómo ponerse de acuerdo sobre qué cosas necesita cada uno para ser saciado. El asunto pudo haber llegado a mayores discrepancias si no hubiese pasado por ahí un filósofo sufí que se ofreció voluntariamente a solucionar el problema. Habiendo aceptado la gente esta mediación, el diligente filósofo compró un racimo de uvas para cada persona lo cual fue agradecido por todos: un alimento que sacia el hambre y la sed.

La enseñanza de esta fábula radica en el hecho de que todos tenemos muchas necesidades y muy diversos anhelos interiores –cansancio, sed, hambre y deseo de llegar al santuario en el caso de los viajeros- que nos atacan en el devenir de nuestras vidas y en eso todos somos iguales. Por más humilde que sea la condición del prójimo que se te acerca, por más rico, poderoso o bello puedes estar seguro que alguna urgencia material o espiritual le aqueja. Escucha atento, cuando caminas por la vida, no desoigas las voces de las necesidades de tus semejantes.

¿Con quién vamos?

Mi memoria recrea el pasaje en el cual el Dr. Santos Luzardo, en la novela Doña Bárbara de Rómulo Gallegos, dialoga con el capitán del bongo que lo transporta por un río hacia su hacienda en la sabana venezolana: *“Escupió la mascada de tabaco y ya iba a comenzar su relato, cuando uno de los palanqueros lo interrumpió advirtiéndole -¡Vamos solos, patrón! -Es verdad muchachos. Hasta eso es obra del condenado Brujeador. Boguen para tierra otra vuelta. -¿Qué pasa? -inquirió Luzardo -Que se nos ha quedado el Viejito en tierra -respondió el patrón”*. Obedientes al mandato del capitán, los remeros se devolvieron al punto de partida. Al tocar la ribera el viejo capitán interrogó a la tripulación. *–“¿Con quién vamos? -¡Con Dios! respondieron los palanqueros -¡Y con la Virgen! -agrego él”*. Tras lo cual el bongo volvió a enrumbar, impulsado por los brazos nervudos y morenos, hacia el destino que le había trazado su capitán.

El hombre siempre siente la necesidad de una referencia al emprender el camino, ya sea estemos hablando de un viaje por parajes poco conocidos o en un sentido figurado, de nuestro incierto transitar en la vida. En el primer caso, si somos prudentes, preguntaremos a alguien que haya hecho este trayecto para evitar contratiempos y llegar con suceso al lugar deseado. En el caso de la vida, es obvio que el conocer las experiencias de otras personas, ya sean familiares, vecinos, colegas, autores de libros e incluso de desconocidos que han recorrido una larga vida es de gran ayuda. No obstante; el problema es lo cambiante de ese camino, como cambiante el

río que en sus aguas espumosas llevaba al bongo hacia tierras llaneras. Entonces, ¿No hay guía que valga? Ciertamente la hay pero para esto debe uno prepararse. Abrir los ojos para mirar los signos o huellas que la Providencia nos coloca a nuestro paso. Convertirnos entonces en el capitán que conoce el temperamento de sus aguas, que las ama y las teme al mismo tiempo, y que esquiva con destreza los remolinos y aprovecha la rapidez de las pendientes. Pero también somos remeros y ponemos todo nuestro empuje para mover el bongo y aun somos el pasajero que sentado en la barca -silencioso algunas veces- disfruta del paisaje y se maravilla de las ondas del río, de la vegetación y la fauna alrededor, y escucha el choque las aguas con las piedras, encuentra el ritmo en el ir y venir de los remos y siente el aroma de las flores al tiempo de surcar las aguas.

Afortunadamente, nunca caminamos solos. Además de los consejos y los buenos deseos de nuestros seres más queridos, nos acompaña toda la Creación que crece, fluye y se renueva. En tanto, silencioso, nuestro ser más íntimo se regocija y agradece.

Bajando por esas laderas...

Bajando por esas laderas de Guaitil de Acosta me acompañaba el vibrar de las chicharras, de los pájaros y el viento, sinfonía de la naturaleza, toda vida, toda esperanza. El largo camino se transformaba en escucha complacida, en sendero de meditación. La conversión de la energía del sol, junto con el agua del suelo y el carbono en el aire, en verde naturaleza repetida en todas sus tonalidades me maravillaba. Por qué no asombrarse del mundo a nuestro alrededor, mundo que nos es dado, nuestra casa, nuestra mesa servida. Por qué no maravillarse del Universo. Por qué no disfrutar de la vida y los milagros que suceden a cada instante ante nuestros ojos.

Entonces, iba recordando sonriente una prédica de Luis Martínez, sacerdote de la parroquia de Lourdes de Montes de Oca, en el que hacía relato de la vez que el cura de su pueblo natal en España convocó a los feligreses para ir a una montaña con el afán de rogar a Dios para que las lluvias viniesen pues ya estaban atrasadas y peligraba la agricultura del pueblo. Viéndolos llegar al lugar de reunión, el cura los increpó con severidad por no traer paraguas. ¡Cómo es posible pedir que llueva y no tener la certeza de que el ruego va a surtir efecto! Porque es cierto: las ideas viajan como flechas y en el momento en que se piensa, la idea toma fuerza y se dirige a su objetivo.

Al campesino de esas tierras acosteñas los primeros rayos del sol lo encuentran en su parcela con la herramienta lista para el trabajo y la lluvia al llegar le moja la espalda sudorosa doblada sobre la tierra. El trabajo constante, vigoroso e inteligente

saca los mejores frutos de la tierra para el que tiene fe en sus propósitos y se empeña en conseguirlos.

Caminaba a buen paso, respiraba el aire puro, perlada mi frente por el sudor, miraba el cielo veraniego azul profundo, con una que otra nube, así como los árboles de verdes variados, en tanto el suelo marrón se cubría de mis huellas peregrinas. Eso es, me repetía el viento: mirar y maravillarse, lanzar las ideas con fuerza -cual lo hace el agricultor con sus semillas en el fértil suelo- más trabajo y convicción para que los milagros ocurran.

Cuando era niño despertaba en la oscuridad de la noche, pero el temor incipiente desaparecía al percibir que mi madre siempre estaba despierta. Llegué a pensar que nunca dormía. No obstante, durante el día, en el tiempo que ejerció su oficio de maestra, en diferentes escuelas del circuito escolar de Santa Cruz, siempre se la veía activa tanto en el aula, en la comunidad o el hogar. Pequeña, morena y cabello lacio, tenía una innata habilidad que le permitía hacer bien muchos trabajos. Cuando cursaba la enseñanza primaria se fracturó la mano derecha por lo que se vio forzada a usar la izquierda y desde entonces empleó indistintamente cualquiera de las dos para escribir y trabajar. Sin parecer empeñarse, siempre estaba ocupada en alguna cosa, a menudo tarareando alguna canción con su excelente voz.

Cuando, a mediados de los años cincuenta, nos trasladamos a Heredia, por conveniencia de nuestra educación y por motivos de salud –sus últimos años en Santa Cruz fueron un suplicio por causa del asma- Blasita recibió una pensión reducida que, unida a los recursos de mi padre aportaba nos mantuvieron modestamente en ese lugar y luego en San José.

¹ Blasita Salazar Ramírez, nuestra madre, nació el 14 de enero de 1913 en Bagaces, Guanacaste. Hija de Sotero y Lastenia, fueron sus hermanos Carmen y Belisario. Al quedar huérfana de ambos progenitores fue criada por Juanita Aragón –su madrina- quien por esa época casara con el médico Sergio Fallas quien ejercía su profesión en Puntarenas. Ya graduada de maestra casó con José Ángel Briceño Matarrita, vecino de Santa Cruz, y también maestro. Los hijos de este matrimonio fueron Marlene Edith, Virginia, Elémer, Rita, Jorge Arturo y Nelson.

Este fue también el tiempo en que mis dos hermanas mayores empezaron a trabajar, el momento de los cambios. Fueron duros años de lucha, para adquirir las habilidades, conocimientos y amistades que, unidos a los valores inculcados en el hogar, nos ubicaron en posiciones de bien. Luego vinieron los movimientos: viajes de estudio, casamientos, nietos. Estos fueron los años más hermosos para nuestros padres.

Ya en los años setenta, en Desamparados, Blasita desplegó una gran actividad al asociar su espíritu activo al de la iglesia y grupos comunales que laboraban con ancianos, clínica parroquial para atender a personas de menores recursos, de modo que se unió a damas de caridad, participó en la enseñanza de manualidades, ayudó a organizar pastorcillos en época de navidad, entre otros.

Blasita, al igual que nuestro padre, nunca perdió su empeño y deseos de apoyarnos e impulsarnos a la superación. Siempre activa, sin oponerse al movimiento, nos guió con criterio en la vida.

A pesar de los claros y oscuros que nos presenta la vida, Blasita no perdía la esperanza de un futuro mejor. El hecho de estar siempre aprendiendo era su actitud más distintiva ante el inexorable devenir de los cambios y su adaptación a las circunstancias, sin miedo ni indecisiones, quizá la mejor lección para sus hijos y amistades.

Sobre todo en los últimos años de su vida viajó cuanto pudo por América y Europa alegrándose de que sus hijos y nietos exploraran otras culturas y se enriquecieran del conocimiento acumulado por otras sociedades más allá de nuestro país.

En paz le llegó el momento de su último viaje, el 23 de mayo de 1995, tras un padecimiento breve.

Gladys

Apenas mayor que mis hermanas mayores, Gladys hija de Regina –costurera de aradeñas y montañas- y Leonidas, carpintero-ebanista, era morena y agraciada, de dientes muy blancos que siempre afloraban en una sonrisa al hablar. De carácter muy amable y sencillo, *La Ys* como también la llamábamos, no conocía complicaciones. Sin faltar al deber de cuidarnos –nuestros padres eran maestros a tiempo completo- siempre parecía estar a nuestro favor, a pesar de nuestras locuras infantiles. Tenía la rara habilidad de resolver en forma rápida e ingeniosa los problemas que se nos presentaban o en comunicar lo que deseaba que supiésemos. Mis hermanas mayores me relataban cómo las prevenía de levantarse en la noche a tomar agua sin necesidad -a riesgo de tropezar con algún objeto pues por entonces no teníamos luz eléctrica- diciéndoles que la ‘palomita’ que está dentro de uno se podía ir y abandonarlo al no encontrarlo en el lugar en donde lo había dejado a la hora de acostarse. Recuerdo que en una ocasión me había dado la manía de estar haciendo ruidos con el velo del paladar a lo cual –posiblemente aburrida de esta necedad- me dijo que ella había conocido a un niño al que le habían salido ‘gusanos’ de la boca como consecuencia de estar haciendo tales ruidos con lo cual logró que yo desistiese de esta odiosa práctica. En otra ocasión me dió por andar caminando hacia atrás y sin pensarlo siquiera me dijo *“sólo el diablo camina para atrás”* –temiendo quizás que por andar en retroceso cayese y me golpease.

Gladys era jovencita cuando nos cuidaba en Santa Bárbara de Santa Cruz a mí y a mi hermano menor que por entonces, por nuestra corta edad, no asistíamos a la escuela. Hubo luego un período en que ella se fue para su pueblo y mi hermano y yo estuvimos bastante solos, porque nuestros hermanos mayores asistían a la escuela y nos habíamos mudado a otro vecindario en Santa Bárbara. De esa época recuerdo la lluvia, los charcos, y una marimba compañera en mi soledad sonando a lo lejos. Años después Gladys volvió a nuestra casa, ahora en el centro de Santa Cruz, siendo la madre de Eliécer y Yamileth. El primero murió ahogado en un río siendo muy niño. Posteriormente, Gladys nos acompañó en Heredia y Barrio Luján, para ese entonces tenía dos hijos más: Freddy y Henry. Esta fue la última vez que estuvo materialmente con nosotros pues luego se fue hacia la zona atlántica con un compañero y ahí murió, según me dijeron, a consecuencia de un parto.

Cuando pienso en Gladys me atrapa un sentimiento de nostalgia y cariño al recuerdo de esa amiga, casi madre, compinche y guardiana de nuestra niñez que quizás ahora –en premio de su alma buena- tenga una nueva función de ángel travieso y no me haya abandonado después de todo y que esté por ahí siempre dispuesta a ayudarme, entre bromas y amistosos empujones en la espalda, para que no me rezague ni pierda el buen humor en este azaroso camino de la vida.

La Tía Vieja

Siempre que viajo a Guanacaste y llego a la ciudad de Bagaces me santiguo al pasar por el frente del cementerio de la localidad -precisamente frente a la carretera interamericana- porque sé que entre las cruces blancas se encuentran la de mi abuela Lastenia -una sombra que mi madre recordaba vagamente ya que murió cuando ella era muy niña- y la de mi tía Carmen.

Carmen Salazar era la persona más buena y humilde que haya conocido. Pertenecía a la familia Salazar de Bagaces entre los que puedo mencionar a José (Galera), a Chepe a quien conocí en el hospital cuando vino muy enfermo, a Elías, pelirrojo, que una vez nos visitó en San José y más recientemente a Víctor Salazar quien vive en Coronado. La tía Carmen era hermana de Blasita -mi madre- y de Belisario quien vivió casi toda su vida adulta en Golfito. El apelativo de "*tía vieja*" le quedó de la primera impresión que les causó a mis hermanas mayores cuando la conocieron, en los años cuarenta, ya que ella era unos siete años mayor que mi madre. Mis hermanas la recordaban con mucho aprecio pues mi tía les llevaba confites, perfumes en frasquitos y repostería de harina de maíz y de trigo en forma de animales. La tía Carmen estaba acostumbrada al trabajo duro en el pueblo de Bagaces y en las haciendas que la circundaban. Conocía muy bien los oficios de la cocina y la panadería. Relacionadas con estas actividades le sucedieron muchas anécdotas que, por no haberle ocurrido a uno, parecen muy simpáticas. Como mencioné ella cocinaba y llevaba almuerzos a los peones que trabajaban en las haciendas y por esa razón iba y venía con los peroles. En uno de estos viajes le fue necesario hacer un alto para hacer una necesidad fisiológica

por lo que se apartó ligeramente del sendero y estando en lo suyo sintió un escalofrío en la espalda y al volverse se encontró cara a cara nada menos que con el león¹ que se relamía los bigotes. Según quienes la recibieron en el pueblo, tardó tres días en articular de nuevo palabra para relatar el tremendo susto. Muy acongojante aventura le sucedió en otra ocasión cuando un toro furioso la persiguió cuando iba a dejar unos almuerzos y no tuvo otra opción que “encaramarse” en un árbol y gritar y gritar hasta que la Providencia le mandó un sabanero a caballo que espantó al toro y la montó a la polca² hasta dejarla fuera de peligro.

Morena y bajita, trabajadora constante, recogió leña y le sacó la semilla a los chanales³ bajo el inclemente sol guanacasteco. Católica devota, humilde de corazón, guardaba todos los días santos y colaboraba en el montaje de los altares, especialmente para el *Corpus*.⁴ Habituada a fumar puros los compraba o los confeccionaba y los rendía al máximo. El fumado fue un punto de discrepancia que siempre tuvo con mi madre quien no tenía vicios.

La tía vieja no obstante haber tenido un amor de juventud no se casó sino hasta los cuarenta años con Sixto Cisneros y no tuvo hijos si bien ayudó a criar a muchos, entre ellos a familiares de Sixto que la reconocían como mamá. Tuvo en Balbina, su cuñada, y en Francisco, uno de sus “*nietos*”, las personas que quizás más la querían.

El tiempo pasó y en los últimos años enfermó de efisema pulmonar fruto probable de trabajar en las cocinas de leña, alumbrarse con las canfineras y de estar “*golpeando*” el sempiterno puro.

La última vez que la visité, ya entonces con mis hijos y esposa, yacía en una cama, muy enferma, en casa de mi hermana Marlene. Poco después mi esposa la acompañó –en ambulancia– en su último retorno a Bagaces en donde falleció rodeada de los suyos.

¹ Puma o león americano

² Atrás del jinete, en la grupa del caballo

³ La semilla del chan se usa para preparar una bebida muy refrescante

⁴ Corpus Christi

Rosita

Fue por el tiempo en que vivíamos en el barrio San José Obrero de Paso Ancho cuando conocimos a Rosita. Ella era una nica que por discrepancias con su progenitora (quien vivía en el norteco pueblo de Los Chiles, Provincia de Alajuela) y buscando la “*madre de Dios*” había migrado hacia San José. Morena y bien parecida se sentía identificada con los versos de Agustín Lara: “*...Rosa, la más hermosa, la primorosa flor que mi ser perfumó...*” Era bordadora muy habilidosa y hacía verdaderas maravillas con la máquina de coser. Para ese entonces trabajaba a destajo con alguna compañía que le encargaba trabajos, sobre todo en ropa para niños, y le pagaba poco.

Rosita vivía por los alrededores de nuestra casa con su hijo fruto de un amor con Humberto, panadero de oficio, tipo afable de cabello negro peinado para atrás y excelente cantor de tangos. Lo digo porque tuve la oportunidad de escucharlo cuando nos visitó en nuestra casa acompañado de Rosita y dos buenos guitarristas.

La vida dura del alcoholismo de Humberto había separado a Rosita de quien fuera el amor de su vida, pero ella siempre lo recordaba en la música y letra de una canción.

*“Cuando te hablen de amor y de ilusiones
Y te ofrezcan un sol y un cielo entero
Si te acuerdas de mí, no me menciones
Porque vas a sentir amor del bueno”⁵*

⁵ José Alfredo Jiménez. *Un mundo raro*, canción popular

Sin embargo, la vida es así, pasado un tiempo nuestra dama en cuestión estaba en amoríos con otro personaje, Aníbal, al que llamaban indistintamente Macho o Machito (rubio en buen costarricense) de oficio carnicero.

Machito era ostensiblemente mayor que Rosita pero al igual que Humberto le gustaba el tango nomás que su emoción estaba en el danzar y consecuentemente se bailaba con Rosita *La comparsita* y *A media luz*, con el garbo propio de los porteños de Buenos Aires.

Posteriormente dada su habilidad en el bordado, Rosita puso una empresa en esa línea pero desafortunadamente, por razones de sus limitaciones en la administración, mercadeo y la carencia por entonces de apoyo gubernamental a pequeñas empresas, no le fue bien en esta iniciativa y más bien perdió por lo se vio sumida aun en mayor pobreza.

Fue en esos momentos cuando la visitó su madre a quien ella llamaba la Mamita que para entonces se había reconciliado con ella. La Mamita le dio a guardar una suma considerable de dinero y regresó a Los Chiles con la promesa de volver. Sin darle mucha mente, Rosita hizo uso del dinero a su buen entender para cubrir necesidades – que no le faltaban- con la esperanza de recuperarlo después. Pasado un largo periodo la Mamita anunció una nueva visita a San José y Rosita empezó a sufrir y a correr por el dinero –ya gastado- que la madre le había dejado en custodia. Puesto que nadie entre sus allegados tenía suficiente dinero para prestarle la bonita suma adeudada, acudió a Cartago en romería a la basílica de Nuestra Señora de los Ángeles en busca de un milagro: Que la Mamita no regresase pronto. Entonces, reconfortada por la oración y las promesas hechas a la Virgen regresó a su casa y... ¡Sorpresa! Quien primero encontró fue a su Mamita urgiéndola a que le devolviera el dinero. Cuando hacía relato de este asunto a mi madre agregé: *¡Que suerte más hijueputa!* Casi no es preciso

agregar que la Mamita la desheredó de esta vez para siempre. Por otra parte, su hijo -cuando adulto- sufrió un serio accidente y quedó en una condición mental alterada. Los amores, por entonces lejanos, también se los llevó el viento porque Humberto, recluso en un hospital psiquiátrico a consecuencia del alcoholismo, abandonó este mundo ignorado por todos y a Macho, la edad, las enfermedades y un ombligo “*mal curado*” en sus primeros días de nacido se lo llevaron tras muchos padecimientos.

Bastantes años después, Rosita -ya anciana- murió en Los Chiles adonde había regresado finalmente. La Mamita para entonces había tomado el “*camino del nunca retornar*”⁶ mucho tiempo atrás.

*“Y si quieren saber de mi pasado,
es preciso decir una mentira
les diré que llegué de un mundo raro
que no sé del dolor, que triunfé en el amor
y que nunca he llorado.”⁷*

⁶ Autorretrato de Antonio Machado

⁷ José Alfredo Jiménez. Un mundo raro, canción popular

Los pasos del gigante

Acurrucado, a la luz de la canfinera que con su llama fuliginosa desplazaba la profunda oscuridad, escuchaba rítmicos pasos que, retumbantes, provenían del pueblo de Santa Cruz y me imaginaba a un enorme gigante desplazándose hacia nuestro hogar en Arado. En mi alma de niño me hacía mil preguntas. Estas dudas no duraron mucho tiempo porque una noche visité el centro de Santa Cruz en compañía de mis padres y me encontré con el gigante, una planta ruidosa productora de electricidad manejada a diesel, responsable de la luz mortecina que alumbraba las tiendas llenas de abarrotes de los orientales, en ese tiempo dominadores del comercio santacruceño.

El objetivo de mis mayores era hacer alguna compra de víveres para el hogar; sin embargo, mi papá para complacerme me compró una bomba azul que de inmediato infló hasta convertirla en un enorme globo azul reluciente. Mi alegría ante tan maravilloso regalo fue efímera porque antes de salir del negocio el globo –al rozar quién sabe qué cosa– explotó lanzando, al azar, un montón de pedacitos de hule azul al suelo. No me explico cómo de improviso varios niños, mayores que yo, aparecieron en escena y se abalanzaron resueltamente al piso de la tienda tomando los pedacitos de hule y confeccionando en un santiamén, hábilmente con sus lenguas, minúsculos globos azules que luego restregaban entusiastamente con sus manos para producir un ruido chillante. Yo los miraba con una mezcla de desconcierto y tristeza hasta que mi padre, sacándome de ese trance, me tomó de la mano para abandonar la tienda.

Furiocix

Todo comenzó con un incidente que le sucedió a los Rivera, unos amigos y vecinos nuestros. Un menesteroso pasó por su casa y como no lo atendieron se enfureció tanto que arrancó el timbre del frente. Nuestros amigos no hicieron una descripción precisa del hombre en cuestión, por lo cual, cuando un prójimo de mediana edad, blanco y de ojos claros, de aspecto desaliñado, apresurado y de tono algo agresivo, apareció por nuestra casa pidiendo algo para llevar a su casa nos pareció que era el mismo del incidente donde nuestros amigos y le bautizamos para efectos familiares como “Furiocix” o simplemente “Furio”. Luego nos enteramos de su propia boca que su nombre era Jorge y que tenía un hijo –dependiente de él– con problemas de salud. No recuerdo que nos dijera de dónde venía pero en algunas ocasiones lo vimos caminando –con su paso incansable– por lugares bastante lejanos de nuestra casa. Con el correr del tiempo se nos hizo común que Furiocix pasara por nuestro barrio los fines de semana y nos encontrara trabajando en alguna de las ocupaciones propias del mantenimiento de la propiedad. Entonces supimos otros detalles como que había vivido en Puntarenas en donde trabajó en una fábrica que hacía soldados de plomo y nos explicó cómo se fundía el metal y se chorreaba en los moldes. En otra ocasión le narraba a mi esposa cómo tuvo que callar a un pasajero muy conversador: *“No señor, no me hable, no ve que voy manejando”*, cuando conducía un vehículo cuesta abajo –por el tiempo que fungió como chofer– por el sin fin de vueltas que tiene la Cuesta

de Cambronero que conecta la meseta central con las cálidas tierras costeras del Pacífico Central.

En una de las últimas veces que conversé con él me dijo que era tranquilo pero cuando -dada su condición humilde- alguien le hacía alguna injusticia "*Le entraba un ahogo*". Es lamentable el trato abusivo que sufren las personas necesitadas y es de suponer que don Jorge viviese entre ahogos su modesta existencia. Siempre delgado, a pesar de su energía al hablar y caminar incansable, parecía enfermo y al cabo de un tiempo no volvió a pasar por nuestra casa. No sabemos si los guardas lo ahuyentaron, si habiendo enfermado alguna institución de beneficencia lo acogiera para cuidarlo o si murió.

Hace unos meses -años después de su desaparición- soñé que don Jorge había llegado a tocar el timbre de nuestra casa por lo que mi esposa salió, lo saludó y le preguntó que cómo estaba. No entendí la contestación pero sí noté que traía puesta una bonita camisa de manga corta, amarilla a cuadros y un pantalón beige, todo limpio. Esta vez, don Jorge parecía recién bañado, lucía más alto, y el cabello, otrora mal cortado, estaba bien peinado y emitía destellos dorados al igual que el vello de sus brazos y cara.

El hombre que sabía volar

Francisco Matarrita, hombre moreno y crespo, fue casado con mi tía Abelina Briceño y construyó su casa a la vera del río Enmedio un poco más arriba del centro de Arado. Cuando joven y soltero, según me contaron, tenía un caballo blanco muy bonito –*“el Coquito”*– con el cual pasaba a todo galope en frente de la casa de mis abuelos disparando su revólver para impresionar a mi tía. De carácter muy amable y buen conversador, mi tío Chico siempre fue uno de mis familiares favoritos. En su casa, situada en un alto, se dominaba mucho el paisaje e incluso desde un potrero cercano a ésta podían verse las casas lejanas situadas al pie de una colina, al otro lado del río. Tenía sobre el techo de su casa un pequeño avión de madera que había construido y cuya única hélice zumbaba alegremente al ser movida por el viento. Carpintero en su juventud tuvo que abandonar este oficio –*“el del Señor”*, según afirmaba– por una mala caída mientras trabajaba y desde entonces se dedicó a la agricultura, a criar algún ganado vacuno y porcino más otras especies menores. Le encantaban los relojes, los cálculos mentales y las adivinanzas y por alguna razón yo era uno de sus blancos favoritos al mezclar en sus acertijos los trucos y el álgebra elemental. Por otra parte, me decía que él sabía volar y señalaba con su dedo índice un enorme espabel cercano al río desde donde, afirmaba, se *“dejaba venir”* para aterrizar en el potrero. Nunca me explicó cómo había adquirido tan notorias habilidades ni nunca hizo demostración alguna en mi presencia.

No hace mucho tiempo soñé que venía en un bus conversando con un colega y por esa misma razón me pasé de estación y al bajarme, como sucede en los sueños, al poco tiempo de caminar me desorienté y se me hizo difícil enrumbar hacia el lugar de destino. No obstante, pude llegar a una especie de poblado en donde debería pasar el autobús apropiado pero fue inútil, luego de esperar un buen rato, llegué a la conclusión de que no iba a permanecer ahí eternamente y reanudé mi marcha esta vez a través del campo. Poco después me encontré de frente con un hombre y dos perros con mucho pelo y luego de caminar un buen trecho me alcanzó –viajando en mi dirección- un niño montado en un caballo volador. Observando mejor noté que el caballo no tenía alas sino que era la capa del niño la que al ser levantada por el viento las semejava. Al llegar cerca de una casa, quizá mi destino, con gracioso movimiento –como si fuese un pájaro- el caballo se posó sobre un árbol aledaño. Luego de saltar de rama en rama como acostumbran las aves, se desprendió del árbol maniobrando con gran habilidad, usando la capa del niño, para posarse con delicadeza en el césped. Entonces, más de cerca pude ver al niño vestido como un príncipe árabe, con su cara morena reluciente –semejante al oro- montado en su caballo blanco.

Muchos hombres, antes de que volara el primer aeroplano, soñaron en surcar los cielos y muchos lo intentaron con máquinas rudimentarias salidas de su imaginación.

Ahora sabemos que volar en un moderno aparato más allá de nuestro planeta es posible. ¿Entonces por qué extrañar que sea posible volar en un caballo de oro o descender por uno mismo desde un espabel hasta una verde loma surcada por un manso río?

Quique

Conocí a Enrique porque mi esposa Olga fue compañera de colegio de Ana, entonces novia de él y luego su esposa. Tenía una sólida formación académica en Historia pero sobre todo era una persona práctica que trabajó en asuntos indígenas en donde, dada su labor tesonera, humildad y simpatía, se granjeó el aprecio y cariño de los beneficiarios, sus compañeros, así como también de funcionarios de otras instituciones y patrocinadores que tenían que ver con la problemática de nuestra gente autóctona. Era un chofer incansable que viajaba por las diferentes poblaciones indígenas y de ahí se afianzó más su amor por la naturaleza y la cultura mesoamericana. Otra de sus aficiones era escribir poemas. Estos giraban alrededor de su familia -en especial sus hijos Ana Marcela y Juan Ignacio-, amigos y naturaleza llegando a editar siete pequeños poemarios que digitó, imprimió y luego empastó personalmente. Los libritos en mención los regalaba a sus amigos para dar a conocer sus alegrías, tristezas y anhelos. Lamentablemente, parte de sus manuscritos no alcanzó siquiera llegar a este proceso pero sé que trabajaba en ellos. En los últimos tiempos había venido padeciendo del corazón y había adelgazado mucho. En uno de esos días amargos recibí la noticia de su muerte. El oficio religioso fue en la iglesia de Curridabat y la sepultura de su cuerpo en su ciudad natal. Una vez terminada la misa que incluía el funeral de Enrique, el mayor de sus hermanos hizo una semblanza de su vida. Entre todas las cosas que mencionó se refirió a la afición que Enrique

tenía por los cometas o barriletes, como también se les conoce, y describió el tiempo en que él, Enrique y sus otros hermanos eran jóvenes. Forzado por la necesidad este hermano mayor se vino a trabajar a San José y regresaban los fines de semana a su casa en Grecia, Alajuela. Quien siempre lo estaba esperando era Enrique interesado en los confites -que él les traía a sus hermanos menores- y en que lo acompañara para volar juntos una cometa. Me consta que esta afición la mantuvo durante el resto de la vida. Una vez en Almirante, Panamá, le vi comprar dos enormes cometas con el afán de venirlos a volar en alguna playa adonde gustaba ir; porque siempre que viajaba a algún lugar abierto llevaba sus cometas, ahora mucho más grandes que los de su infancia, y se emocionaba con verlos colear y elevarse triunfantes desafiando los fuertes vientos.

Ojos azules

Para el tiempo en que cursaba mi segundo año de secundaria, mi amigo Miguel y yo solíamos caminar por las irregulares calles lastradas del barrio San José Obrero en donde nos encontrábamos con amigos y amigas de nuestra edad. Normalmente esto se daba luego de cumplir con las tareas escolares o durante los sábados y domingos. Entonces podíamos conversar durante largos ratos sobre los más diversos temas. Un tema de conversación era el de las novias puesto que Miguel tenía habilidad de hacerse notar por las chicas y no necesariamente por su físico sino por la facilidad de palabra, amabilidad y un carácter más intuitivo. Mi caso era al contrario al ser yo de naturaleza tímida, poco en el hablar y más metido en los libros.

Miguel me alertó que había una chica llamada Norma que se mostraba interesada en mí. Yo la conocía de vista porque siempre pasaba muy temprano acompañada por su hermano menor para el Colegio Monterrey bastante lejos de nuestro barrio y regresaba más tarde que nosotros que asistíamos al Liceo Costa Rica ubicado más cercanamente. Ella era morena clara con el cabello castaño con entreverados rizos dorados y ojos claros, bastante bonita según mi manera de ver. Así que, haciendo caso a la observación de mi amigo, cuando tuve la oportunidad de verla de nuevo la miré directamente a los ojos y ella respondió con los ojos más azules que yo haya visto en mi vida. Quizás hasta había una sonrisa, no lo sé. No intercambié ni una sola palabra con ella entonces ni después. El tiempo no

me ayudó a encontrar valor para hablarle. Ese mismo mes – quizá unos días después- mi familia se cambió de domicilio. Nos mudamos a barrio Luján, más citadino, lleno de negocios como mueblería, verdulería, panadería, sastrería, lavandería y una buena cantidad de cantinas. Por otra parte, un compañero del Liceo me presentó a sus amigos y empecé una nueva etapa de experiencias.

Algunas veces visité la casa de Miguel después de mi partida pero no volví a ver a Norma y así, poco a poco, por las muy diferentes razones que la vida añade a nuestro paso, fui perdiendo la costumbre de ir al barrio San José Obrero.

De nuestra tierra ha nacido un profeta

*“Los profetas
nunca podrán morir de viejos
porque su muerte
es la mañana que revienta
el arroyo que huequea la roca
en la montaña.”
A. Quirós*

A mediados de los años 90 por razones de trabajo tuve el gusto de conocer a muchos productores en la zona de Acosta. Uno de estos fue Felipe Arias, destacado agricultor y buen amigo que vive y trabaja en Bajo de los Arias, quien a su vez pertenece al “Grupo de Giras Pbro. Alfonso Quirós A.”. Este grupo tiene una casa en San Ignacio en donde se procesan hierbas medicinales provenientes de cinco localidades de Acosta. En esta propiedad, se seca, se muele, se hacen extractos y “*champús*” con el uso de estas hierbas y el grupo se encarga también de todos los asuntos de la comercialización. El solo nombre “*de giras*” me interesó ya que resultaba un nombre poco común para una organización campesina. Cuando le pregunté a Felipe sobre el asunto él me obsequió un libro con el nombre “*De nuestra tierra nace un profeta: Alfonso*” en el que relata la historia del diácono Alfonso Quirós, que llegó a San Ignacio de Acosta hacia 1976 para servir en la parroquia. Este joven sacerdote se integró inmediatamente a trabajar con la juventud rural para solucionar problemas comunales y la manera de hacerlo era organizando giras a través del cantón para ayudar con

sus fuerzas en construcciones de interés comunal, arreglos de caminos, cunetas, etc. De esta manera fue acercando a los jóvenes de las diferentes localidades a compartir inquietudes y ser solidarios.

“Hace poco he ido a Cangrejal. Yo he ido a otros pueblos, las montañas son majestuosas y desde lo físico miman al hombre, y parecen ser ellas la imagen y semejanza de Dios. Aquí el sol golpea con dureza la espalda del hombre inclinado sobre el frijolar, sobre el surco, en el maizal, y ese sol marca el golpe del hombre. Si no llueve no hay cosecha”⁸.

Desafortunadamente el padre Quirós enfermó de leucemia y por más que se esforzaron los médicos en curarlo su muerte ocurrió a los escasos 4 años de haber llegado al cantón de Acosta. Aquellos jóvenes entre los que estaba Felipe se han mantenido unidos a través del *Grupo de Giras* predicando, con el esfuerzo y la unión, para beneficio de sus familias y comunidades, la buena palabra de una iglesia de los campesinos y los pobres. Amar la naturaleza, conocer y respetar el ciclo de los seres vivos en su nacimiento, transformaciones y muerte. Aprovechar todo lo que la naturaleza provee y convertir lo descartado en vida, a través de los procesos de naturales.

“En este espíritu, el cristiano está invitado a trabajar en este mundo. Cada uno debe hacerlo en su propia tarea: el estudiante, el deportista, el ama de casa, el industrial... Toda actividad humana realizada como servicio está llamada a transformar este mundo en algo más digno”⁹.

La muerte del padre Quirós no desanimó a estos hombres y mujeres que lo acompañaron en sus giras y el fruto de su esfuerzo salido de su corazón bondadoso es que estos discípulos se mantengan trabajando unidos a través de tantos años.

⁸ Alfonso Quirós. En *“De nuestra tierra nace un profeta: Alfonso”* (mimeografiado). Sin fecha.

⁹ Alfonso Quirós. En *“De nuestra tierra nace un profeta: Alfonso”* (mimeografiado). Sin fecha.

Trapito

Ángel apareció un lunes para trabajar en nuestros laboratorios de la Universidad de Costa Rica. Alto, delgado, rubio y sonriente. Nos lo había recomendado un técnico conocido, de los tiempos en que yo había hecho una pasantía en CATIE, que mostró interés en trabajar con nosotros pero que a última hora decidió permanecer en su trabajo en Turrialba. Una vez que conversamos con Ángel era evidente que tenía la experiencia deseada y lo contratamos. Inmediatamente que se le ubicó se dedicó a trabajar con mucho empeño y nos ayudó a salir de una gran cantidad de trabajo acumulado. Se mostró amistoso con sus compañeros –tanto que uno de los compañeros lo llamaba Trapito– almorzaba en nuestro comedor con todo el grupo y viajaba todos los días a su casa, en Turrialba, en donde vivía con su mamá. Por otra parte, su experiencia en trabajo incluía también haber sido grumete en barcos mercantes y haber cruzado los siete mares.

El primer día de pago apareció vistiendo camisa y pantalón blancos y en la tarde, al concluir sus labores, se fue a divertir con algunos de los compañeros. Y así lo hizo en los meses siguientes, de ahí nos fuimos percatando de su problema de alcoholismo y su carácter proclive a las fiestas. Supimos entonces que su vestido blanco del día de pago lo complementaba con un “*quepis*” de marinero y unos galones y así se divertía recreando sus aventuras en el mar mientras su imaginario barco permanecía anclado en algún puerto nacional donde robustos estibadores lo llenaban de carga.

Con el tiempo llegó incluso a faltar al trabajo aduciendo enfermedad grave de su madre y cosas por el estilo y recibió reiteradas reprimendas por sus ausencias. En una de esas situaciones, luego de una francachela, llegó incluso en mal estado a trabajar y se encerró en una de las salas que no tenía actividad en ese momento y puso en la puerta una hojita con una serie de reflexiones de las que me recuerdo particularmente de una: *“no te quejes de la pobreza, podrás ser pobre tú, podrá ser pobre tu familia o tus amigos pero en el mundo hay mucha riqueza”* y así seguía con otras consideraciones como que esa riqueza está a menudo siendo desperdiciada en frente de nuestros ojos, eso si no somos nosotros los que desperdiciamos nuestros propios recursos sin percatarnos.

La historia de Ángel, triste sin duda, siguió esa tendencia cuesta abajo hasta que un día no volvió más al trabajo, desapareció, sin excusa alguna. Muchos acreedores lo buscaron y pocos, según me informaron, lo encontraron. Posteriormente, nos enteramos que había fallecido ahogado en un pequeño estero en la playa Esterillos donde había caído de frente totalmente ebrio.

El Gallo Mágico

En la época en que Pedro y yo levantábamos nuestras respectivas casas, en la misma urbanización a tan sólo a 30 metros de distancia, tuvimos todas las experiencias que le acontecen a aquéllos que por primera vez tienen que lidiar con los asuntos de la construcción. Quizá Pedro me llevaba alguna ventaja toda vez que él en su niñez se había creado entre excelentes artesanos de la madera del taller de ebanistería de don Constancio Umaña en Naranjo. Así, mientras yo me decidí a contratar una compañía que administrara la edificación, Pedro compartió esa tarea con el ingeniero de esa misma empresa. Evidentemente la experiencia de Pedro fue más enriquecedora y compleja que la mía, tanto en lo material como en lo humano, al conocer el gremio de la construcción en forma directa y vivir toda una serie de historias con personajes muy pintorescos. Uno de éstos fue un hombre algo entrado en años, bien macizo, descalzo, entrometido y dicharachero a quien él llamó el Gallo Mágico. El sujeto en cuestión hacía la doble función de peón y guarda de construcción por lo que siempre estaba por ahí haciendo alguna labor. A él le escuché decir *“Yo no le pido nada a Dios, sólo le pido que me ponga adonde hay y yo agarro”*. Esta oración me pareció muy propia de alguien amigo de lo ajeno. Me equivoqué, contrario a lo que podía pensarse luego de escuchar esa máxima, ya que mi amigo Pedro no tuvo problema alguno con Gallo Mágico durante el tiempo que laboró con él. Quizá lo que quiso decir el *Mágico* es que no hay que andar de pedigüeño con Dios y darse cuenta de que hay

muchas oportunidades de ganar el sustento y un techo, sin muchas pretensiones y con un poco de diligencia, en cualquier parte del mundo en donde uno se encuentre. Eso sí, hay que tener la mente abierta a la realidad que nos rodea y trabajar siempre con empeño.

Lola en la ventana

Presurosos mi amigo Ibo y yo, compañeros de Liceo, descendíamos del bus en la barriada de San José Obrero y alegremente nos encaminábamos a nuestros hogares. La parada era en una esquina en donde se ubicaban una verdulería, una carbonera y una pulpería entreveradas con casas sencillas pintadas de diferentes colores. En una de esas casas, detrás de una ventana con vidrio, casi escondida tras una sencilla cortina, siempre estaba una niña a la que llamaban Lola. Al vernos pasar, a manera de saludo, nos tocaba la vidriera con la punta de su dedo índice y nos sonreía.

La calle -no asfaltada- hacia donde nos enrumbábamos quedaba cuesta arriba y a mitad de ésta se ubicaba la casa que nuestra familia alquilaba, por lo que yo me quedaba bastante antes que Ibo quien tenía que caminar unos cincuenta metros más para adentrarse en la propiedad de sus padres. Nuestra casa limitaba en la parte alta con la de don Procopio -don Copo- que tenía un molino de maíz por lo que la actividad diaria se iniciaba muy temprano y ruidosamente por ese lado. Por la parte baja habitaba don Miguel con su esposa e hijas. Este vecino trabajaba en el Ferrocarril y también en su hogar todo se ponía en movimiento con los primeros resplandores del día. El viento matutino, que soplabla hacia arriba, nos traía los estimulantes aromas del desayuno que le preparaban. Un poco más adelante, cruzando la calle, se encontraba una modesta capilla construida gracias al esfuerzo de los vecinos, humildes en su mayoría. Precisamente, gracias a las fiestas o ‘turnos’

que se celebraban con el objeto de recaudar fondos fue posible erigir poco a poco la capilla en mención y en esto mediaba la labor pastoral de Alexis Zamora, sacerdote ejemplar, párroco de la iglesia de San Sebastián. Fue en uno de esos ‘turnos’ donde se instaló una “rockola” muy alegre que amenizaba con música tropical las diferentes actividades, bingo, “bruja”, comidas, etc., cuando Lola abandonó su ventana y se integró, saliendo por una puerta lateral, a la festividad que alegraba con los sones de un alegre son:

“Este es el merecumbé que le gusta a Cayetano, órale dígame a Crescencio que lo agarre con el pie.

Cayetano baila también, ahé merecumbé...”

No tardó la familia de Lola en darse cuenta de la fuga y la ubicación de la niña que se divertía bailando sola junto a la “rockola” y con discreción la regresaron a casa.

Cuando regreso a la imagen de Lola en la ventana pienso en las grandes limitaciones que se le imponían en el pasado -y aún hoy- a personas con discapacidades y cuando se les discriminaba de participar plenamente en la vida diaria y en los actos sociales de la familia y la comunidad en contra de la alegría de su juventud y los anhelos de sus corazones.

La aritmética de Muchugú

Si cuando conocí a Muchugú nunca supe a ciencia cierta de dónde provenía, transcurrido tanto tiempo sólo puedo referirme al vecino en cuya casa vivía y de quien era en alguna forma, su familiar. Moreno y cespado, se decía, sin mencionar un pueblo en particular, que era de la “costa”, y con rapidez -como sólo se da en los niños- se hizo amigo de los chicos que por ahí vivíamos. Lo veíamos pasar -sin mucha prisa- a hacer “mandados” hacia el centro de la ciudad toda vez que su casa quedaba en el sector Este, casi fuera del perímetro de Santa Cruz.

El asunto es que a Muchugú, en uno de esos mandados, se le encomendó comprar 50 céntimos de “frito” -una fritanga hecha con vísceras de cerdo y de alto contenido energético- muy apetecido para comer con tortilla. Nuestro personaje se encaminó entonces por el lado de la plaza López o “de los mangos” ya que la casa en donde vendían el frito quedaba un poco más al Oeste. A media tarde, el joven estómago de Muchugú reclamaba más alimento y así fue que pasando por la pulpería, que quedaba a medio camino, se le vino la idea de comprar una empanada de tamaño generoso de esas muy sabrosas hechas de harina de trigo con relleno de queso y dulce de panela. La lógica de Muchugú le indicó que 40 céntimos de frito era algo muy parecido a 50 céntimos de frito por lo que podía disponer de 10 céntimos para comprar la empanada. Pensado y hecho, tranquilo prosiguió su camino comiendo de la empanada con verdadero deleite. No más terminada su golosina, se encontró

nuestro amigo al frente de la casa en donde vendían el frito. Se asomó y solicitó en voz alta: *“Cuarenta de frito”*. La desabrida respuesta salió desde el interior de la cocina: *“No hay, se acabó”*.

El camino de vuelta a casa se convirtió en una tortura para Muchugú, de cómo confesar su pecado, el planeado engaño, peor aún llegar sin frito y con menos dinero del original.

*“Abambelé practica el amor
Defiende a tus hermanos
Porque entre hermanos se vive mejor”*

Eugenio, Ñeño, hombre de más de veinte años en los inicios de los años 70. “Alvertido”, como suele decir la gente sencilla, en muchos oficios al igual que y tan ‘torcido’ como Juan ‘Cacho’e venao’ personaje de uno de los cuentos de Carmen Lyra. Recuerdo cuando un ‘huracancillo’ pasó por la casa que entonces yo habitaba y se llevó varias latas del techo. Con martillo y clavos apareció Ñeño a poner las latas en su lugar luego de rescatarlas en patios de casas vecinas. No era raro verlo en las construcciones desamparadeñas porque le hacía a todo, excepto a la música.

Soltero pero con obligaciones: vivía “mancebo” con una nica de nombre Rosa -no necesariamente “la más hermosa”- quien posteriormente lo abandonó por otro amor y le dejó dos niños. Por cierto, la nica era callada pero medio “fregada” pues sacaba cuchilla en las discusiones que se formaban en el seno de la familia de Ñeño y de las cuales se enteraba todo el barrio

¹¹ *Por qué fue que songo le dio a borondongo
Por qué borondongo le dio a Bernabé
Por qué borondongo le dio a Bernabé
Por qué Bernabé le pego a muchilanga
Por qué Bernabé le pego a muchilanga
Por qué muchilanga le echó a burundanga
Por qué muchilanga le echó a burundanga
Por qué burundanga le hinchon los pies
(Burundanga canción popular una vez interpretada por la cantante cubana Celia Cruz)*

dado el volumen y la sucesión de epítetos que se recetaban unos a otros. Porque Ñeño no vivía solo. Con él vivía la Abuelita que dicho sea de paso era “*orates frates*” y siempre andaba vestida de “*carmelo*”, es decir vistiendo el hábito de la Virgen del Carmen, tanto por devoción como por pobreza. En adición a su humilde atuendo, siempre se la percibía olorosa a orines provenientes de sus nietos. Porque la Abuelita no sólo vivía con Ñeño y familia. Vivía con sus hijas la Maria (sin acento en la “i”) y la Bizca, madres de familia solteras.

La Maria era la madre de Ñeño, Calula, la Doris, Roberto, Mariano, Yamileth y una muchacha que usaba silla de ruedas. Calula era casado y residía ahí con su esposa y su hijo Carlitos. La Doris - a la sazón, soltera- tenía dos hijos cuyos nombres no memoricé. Decían las malas lenguas que era, según la terminología de mi amigo Quique Palma, de ‘cuatro en conducta’. Roberto, a quien la tía de mi esposa llamaba “el condenado”, era reparador de paraguas. Mariano, el más pequeño era medio loco, “atarantado”, o “*tequioso*” según se quisiera considerar. Yamileth era una muchachita que se hizo novia de un policía y posteriormente se casó con él. La muchacha de la silla de ruedas se casó con un muchacho que había perdido accidentalmente la casi totalidad de los dedos de una de sus manos por lo cual era conocido como el Manquito. No obstante esta desventaja; era un muchacho muy industrioso que se dedicaba a pintar carros.

La Bizca tenía un hijo, el mayor, que se casó jovencito y trabajaba en un taller de un señor que luego se supo traficaba con mariguana. Además tenía otros hijos: Luis, Olga y Jorge Arturo. Luis trabajó, desde niño, en la ciudad de San José. Olga, cuando terminó la escuela primaria, se empleó en una casa vecina. Jorge Arturo, el más pequeño, era al sentir de la tía de mi esposa un “*cobozquillo*”.

Quizá el de mayores comodidades era Calula que tenía, en la misma casa, pulpería y fútbolín. Es bueno anotar que la casa

en si no parecía muy grande pero constaba de dos plantas y se extendía hacia atrás cubriendo prácticamente la extensión del lote. Calula era “caballero mariano”, organizador de un equipo de futbol y bastante activo en la humilde comunidad. Tenía buenas relaciones con la gente del vecindario, excepción hecha de “los Camisetas” una familia que tenía “*traído*” con ellos. Por cierto que en uno de los incidentes entre Ñeños y Camisetas, el policía -para entonces novio de Yamileth- disparó al aire para poner un poco de calma (a los Camisetas, supongo). Sé que Calula ocupaba el “alto” de la casa, además del espacio de la pulpería-verdulería y fútbolín. Cómo se acomodaba el resto, lo ignoro. Pero cabían en la casa. Según entiendo cocinaban separadamente.

Las peleas dentro de la familia eran bastante crudas y a todo “galillo” mas eran unidos contra los enemigos comunes como doña Maruja, una señora como de dos en conducta, que vivía al lado nuestro. Esta amazona venció a los “*catos*”, a la Maria, la Bizca y persiguió posteriormente a la Abuelita que por ahí andaba terciando en la disputa. Por cierto que doña Maruja, al cabo de un tiempo, se cambió de barrio, se hizo “*cristiana*” y nunca más volvió por esos lares dada la sentida vergüenza por esos pecados y otros peores.

Los que se fueron y los que se quedaron. Calula puso un negocio por otro lugar y abandonó el barrio. La Maria también migró y sólo llegaba esporádicamente pues vivía juntada con el papá de Mariano. La muchacha de la silla se fue con el Manquito. El policía se quedó. Lo mismo que la Doris a quien se le casó una hija -a quien nosotros llamábamos la “chiquita bailadora”- por su afición a los ritmos tropicales. Al “condenado”, vestido al estilo del Che Guevara, lo observé un día hablando con un chofer de un bus que yo había abordado.

La Abuelita y Ñeño estaban ahí, en el mismo lugar, la última vez que los vi, a mediados de los años 70, cuando me mudé de barrio.

Edwin y la huelga de El Turpial

El año de 1957 trajo consigo algunos cambios pues yo pasé del pequeño colegio Clorito Picado al Liceo de Costa Rica -un colegio con muchos alumnos- situado al final de la calle 9 en el Sur de San José. Para llegar puntualmente, debía venirme temprano desde Paso Ancho en el bus repleto de gente trabajadora. A la salida de clases también debía apresurarme y muchas veces correr, junto a mi amigo Ibo, para encontrar lugar en el bus de regreso. Todas esas carreras terminaron cuando mi familia se mudó al populoso barrio Luján de la ciudad capital.

Mi primera experiencia en ese nuevo barrio fue haber participado el 1° de agosto en mi única romería a la basílica de Nuestra Señora de los Ángeles en Cartago. Este viaje lo hice en compañía de la “*Huelga del Turpial*”. Edwin, un compañero del Liceo, me sirvió de puente para conocer a estos nuevos amigos. ‘La huelga’ se componía de un grupo de muchachos vecinos de la pulpería El Turpial situada a 100 metros del Cuerpo de Bomberos de barrio Luján, o sea, la mayoría de ellos habitaba principalmente sobre la avenida 16, entre las calles 17 y 19.

Los jóvenes de “*la Huelga*” constituían una lista de muchachos amigos bastante larga, entre ellos estaban Porfirio, Genaro y Luis que eran de padres españoles y conocidos como tales vivían frente a El Turpial. Edwin y su hermano Luis C. estaban al costado Sur de los españoles en tanto que Howard lo hacía al Norte; Carlos conocido como “*Agüelo*”, Jorge, Eduardo y Luis -todos de apellido R.- vivían como a 100 m al Norte de El Turpial;

en cambio Orlando vivía un poco más lejos sobre la avenida 14; y en la misma fila de casas que la nuestra, más cercanas al Cuerpo de Bomberos, Carlos “Marra”, “Ñato” y Memo.

Mientras Carlos ‘Marra’, Memo, Edwin, Orlando, Howard y yo éramos estudiantes del Liceo de Costa Rica diurno, “*los españoles*” asistían a un colegio privado. Por otra parte, Luis C., Carlos y Jorge R. trabajaban y estudiaban en el Liceo de Costa Rica.

Las actividades más frecuentes, además de estudiar y trabajar, era encontrarnos ocasionalmente por los alrededores de El Turpial para conversar de todo un poco y para reunirnos para ir a jugar fútbol -los fines de semana- en un lote baldío al que llamábamos “La Hacienda”. Ni qué decir de lo disputadas de las llamadas “mejengas” y los roces -entre algunos- que los llevaba, en ocasiones, a irse a las manos.

Mis amigos más cercanos en barrio Luján fueron Edwin y su familia, todos de gran calidez humana. Con Edwin y Luis C. me unió no solamente las actividades antes mencionadas sino nuestra afición por cantar, cosa que hacíamos los fines de semana en la casa de ellos. Llegamos a entonar aceptablemente con los consejos de un señor que se llamaba Rubén quien tocaba la guitarra bastante bien. A Edwin le encantaban las canciones de Los Dandys especialmente “Suspenso Infernal” y “Gema.” Luis C. era el encargado de tocar la guitarra, arte que desarrolló muy bien con el tiempo. Para el día de las madres de algunos años llevamos serenatas a nuestras mamás y a una que otra muchacha de buen ver, sin que la policía acudiera a callarnos por la queja de un vecino molesto.

Cuando terminamos la segunda enseñanza, Edwin, Jorge R. y yo trabajamos en el desaparecido Banco Anglo. Para el tiempo en que me matriculé en la Universidad de Costa Rica para seguir mis estudios de Química, ellos continuaron en el Banco.

En este periodo, Edwin sufrió un accidente en motocicleta en donde se fracturó un brazo cuando iba –de noche- para Turrialba con un amigo. Este accidente lo introdujo en el mundo de la rehabilitación pues quedó con poca movilidad en un brazo. Al cabo de un tiempo, con mucha perseverancia y la ayuda de pesas volvió ese brazo a su posición y funcionalidad original.

Por otra parte, Eduardo, conocido como Guaido, murió en un accidente. Todavía tengo su imagen, cuando esperaba en la puerta de su casa, temprano de la mañana, a un amigo con quien iba a dar un paseo en motocicleta. Como era sábado, él no tenía que trabajar en tanto yo me dirigía a estudiar con un compañero en la Escuela de Química. Cuando regresé a eso de las 6 pm, noté que en la casa de los R. había mucha actividad y dado que eran mis amigos me acerqué para ver de qué se trataba. Entonces me enteré de la muerte de Eduardo. Esto sucedió en el Paseo Colón, él iba en la parte de atrás de la motocicleta y a consecuencia de un frenazo repentino salió despedido por los aires y un carro que venía en dirección contraria lo golpeó mortalmente.

Un sábado a mediodía cuando fui a buscar a Edwin a su casa, una de sus hermanas me dijo que éste se iba a casar al día siguiente por lo que todos sus amigos tuvimos que organizar unos improvisados traguillos en el Bar El Adriático –en el barrio Luján- para despedirlo de soltero, ir a una serenata para la novia y asistir a la boda en la tarde del día siguiente. Como corresponde, Edwin alquiló una casa –en los alrededores del vecindario- para vivir con su esposa.

Luego vino un periodo en que, habiéndome casado yo también, migré a Desamparados. Entonces viajaba a San Pedro de Montes de Oca para trabajar en docencia en la Universidad de Costa Rica. Esporádicamente veía a los muchachos de “la

Huelga” en parte porque muchos –por justificados motivos- se trasladaron a otros lugares. Supe que en una oportunidad, Howard – entonces miembro del ejército de los Estados Unidos- vino de visita para unas navidades. Los que se reunieron con él se admiraron de lo musculoso que se había hecho y de lo sereno de su carácter; muy diferente a aquel muchacho, delgado y nervioso, que había migrado años atrás. De esta época, tengo un recuerdo inolvidable cuando asistimos Edwin, mi esposa y yo a Santa Cruz para asistir a la boda de Luis R. con mi prima Ercilia. La boda, un día sábado en la tarde, estuvo muy bonita y la fiesta bien divertida; pero el regreso, al día siguiente, estuvo difícil porque nuestro carro presentó problemas que se nos hizo difícil de solucionar al no encontrar mecánicos disponibles en un día domingo. Regresamos en la noche, con el carro “*medio*” reparado. En el camino hicimos un alto para comer algo y el resultado, en mi caso, fue un sueño que me obligó, más adelante, a detener el carro de nuevo para cerrar los ojos por unos minutos. Al final, la conversación animada y las canciones de Edwin nos acompañaron al subir la cuesta de Cambronero y enrumbarnos finalmente a San José.

Cuando construí mi casa en Sabanilla de Montes de Oca casi perdí contacto con los muchachos de “*la Huelga*”. Este período de transición y afianzamiento, en lo personal y lo profesional, ocupó bastante de mi atención y esfuerzo e incluso me hizo a trasladarme por algunos años para hacer estudios superiores en Ames, Iowa. En tareas de igual importancia se encontraban mis amigos, de ahí la escasez de nuestras visitas. Poco tiempo después de mi regreso a Costa Rica, me enteré de la muerte de Luis -pues fue noticia muy difundida- por causa de una “*rickettsiosis*” que había contraído en Azul de Turrialba.

La última vez que vi a Edwin fue en un supermercado cercano

a su casa -ubicada en el sector de Plazoleta en Desamparados- adonde había pasado a comprar pan y cosas relacionadas para un café de la tarde con mis familiares. Mi amigo estaba un poco distraído, buscando algún artículo en los estantes por lo que no se percató de la presencia de mi esposa y yo. Cuando lo llamamos se mostró animado, con la familiaridad que siempre suelen tener los buenos amigos. Quedamos en que nos visitara pero no logramos concretar la cita. Tiempo después me enteré, por una cuñada de su hermano, que Edwin había fallecido. A Edwin y los muchachos de “*la Huelga*” siempre los recuerdo por su amistad, apoyo, sencillez y buen humor. Fueron amigos con los que compartí momentos cruciales, en los que todos luchábamos por adquirir las habilidades que nos abrieran campo en la vida.

El nombre secreto del pato

Adán, un miembro de la familia de los llamados “*Patos*” en la ciudad de Santa Cruz, joven entusiasta, humilde y honrado cual más, buscó su camino en las construcciones capitalinas y se empleó como obrero de esos que se fajan de sol a sol con la arena, la varilla de hierro y el fraguante cemento. Los únicos ratos para el esparcimiento que tenían esos trabajadores eran los recesos para tomar su café a media mañana y comer su almuerzo al mediodía. Era precisamente la hora meridiana cuando disponían de mayor tiempo para disfrutar de las modestas viandas y ocasión para las conversaciones, los chistes y las bromas. Precisamente, en uno de esos recesos la muchachada la tomó a burlarse del Pato a tal punto que éste –ya molesto- se separó del grupo y se subió a lo alto de una rama de un árbol cercano al sitio de la construcción. Sus compañeros, dispuestos a proseguir con sus bromas, lo llamaban reiteradamente para reintegrarlo al seno del grupo pero el Pato se mantuvo en su improvisada atalaya haciendo caso omiso a las voces que repetían *¡Pato!, ¡Pato bajate!* y otras cosas por el estilo hasta que alguien de mayor edad gritó: *¡Llámenlo por su nombre!* Pero nadie de los presentes lo hizo, por lo que el Pato terminó tranquilamente su merienda y la bebida con que la acompañaba, ordenó sus trastos y bajó del árbol. Para entonces sus compañeros estaban en las mismas, esto es, preparándose para continuar la jornada.

El nombre es muy importante para identificar a los individuos. Por lo que nuestros maestros santacruceños insistían en evitar

apodos, *¿Cómo es posible* –decíales un maestro disgustado a sus discípulos- oír que “*Chancha Chinga*” va corriendo detrás de “*Perra Negra*” en lugar de escuchar que Juan va corriendo detrás de Pedro?

Hemos leído en libros sobre mitología que también el nombre era importante entre los dioses egipcios. Así, Isis usó todas sus habilidades de magia para conocer el nombre secreto de Ra –el dios supremo- aprovechándose de su enfermedad y de esa manera lograr ascendencia sobre él.

Con el conocimiento de nuestro nombre otras gentes pueden saber nuestra procedencia, quienes son nuestros padres e incluso nuestra región de origen. Por otra parte, nuestros son también los nombres con que nos llaman con aprecio nuestros padres, hijos, hermanos y amigos. Y si con cuidado escucháramos la voz del viento cuando sopla entre los pinos, de la lluvia cayendo en el cañaveral, de los pájaros en el bosque y del mar sobre la playa podríamos quizá percibir la voz de la Creación y así conocer otros nombres propios, más interiores, por los cuales otras voces –muchas veces susurrantes- dulcemente nos llaman.

Los amigos

Entre los recuerdos de mi padre tengo el haber caminado bajo los árboles de su propiedad en Arado recogiendo algunas frutas para luego llevarlas a nuestra casa en Santa Cruz. Era necesario recorrer a pie algo así como cinco kilómetros para salvar la distancia entre ambas localidades. A menudo, al entrar en los límites de la ciudad, mi padre se dirigía a una de las casas más inmediatas para dejar algunas de las mejores frutas a Rogelito. Yo le pregunté por qué siempre pasaba a dejarle algo a este señor a lo cual me respondió “que habían entrado juntos a primer grado de la escuela” y posteriormente me mencionó que Rogelito estaba enfermo. No indagué más sobre este amigo pues sabía que mi padre era muy atento con sus hermanos por lo que no me sorprendió que lo fuera con un compañero de escuela.

En otra ocasión le pregunté a mi padre por que habían escogido el nombre Jorge Arturo para mí. *“Jorge Arturo es un buen amigo de Puntarenas”* -me respondió- y añadió: *“El nombre de un amigo es pues un buen nombre para un hijo”*.

Otro buen amigo de mi padre era don Benedicto, el señor que le vendía las naranjas en Santa Cruz. Don Benedicto recibía las naranjas y llenaba con ellas su carretillo con el cual recorría las calles santacruceñas para venderlas al menudeo. Al final del día regresaba cansino para contar el dinero cobrado. Mi padre era consciente de que vender naranjas de esa manera no era un gran negocio, por lo que además de compartir generosamente las ganancias, siempre se aseguraba darle algo más para que

don Benedicto se tomase “una sopa” en alguno de los negocios de comida de la ciudad. Esa fue una amistad muy prolongada, mucho más allá de la venta de naranjas y no aminorada por la distancia, ya que en los últimos años mi padre vivió en San José y don Benedicto permaneció en Santa Cruz. Ambos vivieron por encima de los 90 años y hasta el momento de su deceso mi padre estuvo siempre pendiente de don Benedicto.

Estos ejemplos reflejan el espíritu amistoso y solidario de mi padre que a través de su lucha, dentro y fuera de las aulas escolares, extendió sus principios y buenas acciones a alumnos, padres de familia y vecinos de las comunidades en donde vivió o le tocó servir.

En alguna oportunidad oí decir a una persona humilde de la calle: *“Los amigos son uno mismo pero con diferente pellejo”*, y esa afirmación, salida del pueblo, se complementa con lo dicho por Richard Bach en su libro *Ilusiones*: *“No todos tus hermanos han nacido bajo el mismo techo”*, con lo cual recalca que a través de la vida –además de los de sangre– uno encuentra muchos hermanos en los amigos.

Eso es imposible

Temprano de la mañana del segundo día después de la muerte del músico y cantor Ramón Jacinto Herrera, conocido como “*Ray Tico*”, fui a comprar un pasaje al oeste de la ciudad de San José para viajar en autobús a Santa Cruz, Guanacaste. Para esto debía tomar dos autobuses pues residí al este en Montes de Oca. El primero, de Cedros de Montes de Oca, tardó un buen rato en aparecer en la estación en donde, ya bastante asoleada, sólo se encontraba mi persona. No así ocurrió en la parada de Sabana-Cementerio en plena ciudad capital, en donde me uní a una pequeña fila de personas. Poco después, en el momento en que el bus esperado se acercaba, apareció un extraño personaje -pequeño, menudo y con barba- vestido de negro de pies a cabeza, y con una tumbadora asida al frente de su cuerpo mediante un arnés. Reposado, sonriente y evidentemente trasnochado, intercambié saludos con un par de conocidos y también se unió a la fila.

Yo entré al bus y me acomodé junto a la ventana en un asiento delantero que por estar justo arriba del eje de las ruedas delanteras resultaba más alto que los demás. Cuando el bus tomó a todos los enfilados y reinició, lenta y ruidosamente, su recorrido hacia el oeste, el sujeto en mención, de pie, saludó todos los pasajeros y presentó su espectáculo -según él lo denominó- de homenaje al fallecido Ray Tico. Entonces, al compás del tambor entonó la canción:

*“No me pidas jamás que te olvide
porque es imposible”*

Tan ta ta tan le respondió la percusión,
“No me pidas jamás que aparte

de mi pensamiento..."

Tan ta ta tan agregó la tumbadora.

Y así continuó su canto haciéndosele cada vez más imposible al singular artista encontrar el tono exacto de la canción, en unas le quedaba demasiado grave y en otras muy alto, por lo que tuvo que recurrir a voces alternativas. Al final, con el beneplácito de la audiencia, el sujeto terminó la canción y redondeó su acto con una colección de chistes que acompañaba con risas estruendosas y golpes ocasionales en la tumbadora para animar a los oyentes a unirse en el festejo.

Sacó de su memoria una cantidad generosa de chistes de borrachos, locos y tontos. Precisamente, uno referente a estos últimos se trataba de un orate que estaba parado en una esquina con la boca abierta y pasó por ahí otro personaje y le dijo: *"cierre la boca porque se le va a meter una mosca"* a lo cual el aludido contestó: *"no puedo porque tengo la boca abierta para que salga otra mosca."*

Completado su espectáculo el singular sujeto pasó su sombrero negro para recoger contribuciones voluntarias. Yo saqué una moneda de mi bolsillo y la deposité discretamente sin escuchar que tintinease al chocar con alguna otra. Una señora que iba a mi lado, por el lado que daba al pasillo, conversaba a su vez con una muchacha -de pie y con uniforme de una compañía vendedora de pollos fritos- diciéndole que uno no debería darle dinero a esa gente vagabunda y el comentario, compartido por su interlocutora, fue derivando hacia otros relativos a sus vidas duras y maltratadas.

Yo en silencio, desde mi atalaya, pensaba nomás en el peculiar homenaje que este desconocido y muy modesto músico le hacía al famoso Ray Tico.

El timbre, pulsado por mano desconocida, me alertó que ya iba llegando a mi destino por lo que abandoné la comodidad de mi asiento y con rapidez me deslicé trabajosamente entre las personas que venían de pie en el bus recibiendo, al paso, el aroma de jabones y colonias.

DEL AMOR

El amor bajo el hombre está creciendo

*"A pesar de la muerte
y de la guerra,
el amor bajo el hombre
Está creciendo.
Os lo juro por todo lo que amo
y todo lo que espero."
Jorge Debravo*

A veces cuesta trabajo convencerse de la validez de una afirmación sobre el amor desinteresado porque continuamente somos enterados por las noticias sobre los hechos violentos y mal intencionados a lo largo de todo el mundo. Hay un clamor: ¿En dónde están esos que aman a los demás? Sólo deteniéndonos en el camino y observando el dolor producido por los diferentes flagelos a los seres vivientes, nos encontramos –en contraste- con un ejército silente de buenas personas que no se glorifican de su valiente lucha en ayuda del necesitado y no se quejan de la limitación de recursos ni la incompreensión de la gente. Así, mientras la delincuencia que promueve el vicio parece prosperar, hay personas caritativas que cuidan de los enfermos alcohólicos y de los drogadictos.

Muchas son las personas que recogen víveres para alimentar a los menesterosos donando su tiempo y esfuerzo. Muchos cuidan y asean ancianos y los alegran con su presencia. Muchos también son los maestros y buenas personas que moldean los niños que necesitan especial atención.

Cada vez son más las organizaciones, periodistas, activistas y políticos que luchan contra el vicio y la corrupción; más son las leyes y medidas que se toman para frenar estas enfermedades de la sociedad. Mientras los bosques son talados y muchas especies de la flora y la fauna son amenazadas de extinción, más son los grupos que se juegan la vida contra las grandes compañías explotadoras de la madera. Cuanto más violentos son los incendios suscitados por el vandalismo y el descuido, mayor es el ejército de bomberos y personal de primeros auxilios, mayor es el correr de paramédicos en sus ambulancias y el empeño en salvar vidas por parte del personal de los hospitales.

En medio de la indiferencia de muchos, hay hombres y mujeres que recorren medio mundo -sin temor de arriesgar sus vidas- para ayudar a personas que sufren los estragos del hambre, de la guerra y de las catástrofes naturales.

A veces se piensa que esta lucha es idealista, sin esperanza, pero el esfuerzo continuado, las gestiones humanitarias a todo nivel y las buenas intenciones irán despejando con el tiempo las negras nubes que se ciernen sobre nuestra humanidad.

Tesoro

“Sin las niñas no se puede vivir como no puede la tierra vivir sin luz”.
José Martí

Un día que estaba en la librería universitaria me encontré con Alice y Paulita, esposa e hija, respectivamente, de Alfredo Castro un compañero de trabajo de mi esposa. Yo saludé a Alice y también a la niña quien se mostró tímida como suelen ser los niños en presencia de adultos no familiares. Entonces su mamá le dijo *“don Jorge también tiene un tesoro”*, refiriéndose a mi hija Ana Lucía, lo cual avivó el interés de la niña por mi persona. Después de conversar brevemente nos despedimos. La sorpresa para mí fue que al día siguiente mi esposa llegó con un pequeñísimo carrito de plástico de color verde con ruedas negras que Alfredo había traído para mí como regalo de Paulita. Mi esposa y yo le compramos un librito para agradecerle el regalo. El asunto es que Alfredo siempre llama a Paulita como Tesoro y a su vez ella también llama de esa manera a su papá. El que yo también tuviera *“un tesoro”* significaba para la niña que yo también tenía una hija. Ciertamente, el tener hijos es tener tesoros en custodia, un gran valor, una gran responsabilidad. En mi caso, el tener una hija y un hijo ha sido motivo de inmensa y constante alegría que me ha acompañado siempre en mi vida adulta.

Por otra parte, además de mis hijos tengo un buen número de sobrinos y sobrinas a quienes quiero mucho y por si fuera poco la vida de profesor universitario y la participación en

la comunidad me ha rodeado de generaciones de jóvenes ansiosos de aprender a los que aprecio en demasía. Todos son ciertamente “*tesoros*” al buen decir de Paulita.

Me olvidaba: el carrito que me regaló Paulita lo he conservado en mi oficina y a menudo me han preguntado sobre él, dándome la oportunidad de reflexionar sobre lo valioso que son nuestros hijos.

Una revelación

En un curso sobre respiración y meditación que tomé en forma libre en la Universidad de Costa Rica tuve el gusto de escuchar una conferencia dictada por el Dr. Salom. Mucho se ha hablado sobre los beneficios de la respiración y la meditación en la salud al practicarlas diariamente. Acotaba el Dr. Salom sobre lo importante de la actitud ante la vida y en esto trajo a colación las palabras de Jesús cuando habla del Reino de Dios. El Maestro le dice a los ahí reunidos, entre discípulos y fariseos, *“Ni podrá decirse: Helo aquí o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros”*.

El hombre apenas vislumbra la belleza y la perfección de la Creación. Con su inteligencia escudriña la compleja Tierra y vuelve sus ojos hacia la inmensidad del cielo pero no busca dentro de su corazón. En tu corazón tienes un lugar y lo puedes poblar: Darle espacio al amor a ti mismo, a tus semejantes y a toda la creación o al rencor, la desesperanza, y el odio.

Conviene por tanto llenar tu mente y todo tu cuerpo de percepciones bellas y positivas porque conforme te imaginas y sientas así será tu vida. Abre tus ojos y observa, escucha los sonidos a tu alrededor, huele los aromas, palpa con tus manos, percibe con tu piel. Estudia, piensa, bebe de la experiencia de los que te han precedido.

Y así en el silencio de tu mente, sin prisa, quedándote quieto, en paz contigo mismo, toma el camino lleno de amor que has construido. Entonces escucharás la voz de Dios que te habla a través de la inmensidad de toda la Creación: tan perfecta y bella como él la imaginó en un principio.

Los milagros cotidianos

Hay momentos en que es urgente recibir una ayuda y cuando menos uno lo piensa ésta aparece. A veces se trata de pequeñas o grandes ayudas pero todas son oportunas.

Siendo ya graduado de la carrera de química y también recién casado se me ocurrió tomar cursos en la Escuela de Biología de la Universidad de Costa Rica. El primer curso lógicamente fue biología general y en consecuencia me encontré compartiendo aulas con jóvenes en su primer año de universidad. En mi caso, trabajaba tiempo completo y luego de cumplir mis obligaciones iba a recibir las clases de teoría y laboratorio. El problema se me venía cuando tenía que conseguir algunos materiales o especímenes para estudiarlos en el laboratorio. Siempre recuerdo cuando, después de haber llovido, me encontraba al frente de la casa que entonces habitaba pensando hacia dónde tomar para conseguir un saltamontes que necesitaba para el día siguiente. Quizá transcurrió uno o dos segundos entre el pensamiento y un “*cric cric*” del rompimiento de una ramita y al fijarme en la dirección del leve ruido me encontré con un quieto, enorme y colaborador saltamontes que no saltó para evadir mi mano.

Caminando una tarde a inicios del otoño de uno de esos años, por el *campus* de Iowa State University el compañero iraquí que me acompañaba, casi proféticamente, me dijo: “*Jorge, talvez no te hayas dado cuenta pero este es uno de los tiempos más felices de nuestras vidas.*” Si repasamos los tristes hechos acaecidos, en años posteriores, en el país de origen de mi

amigo, tenemos que coincidir que efectivamente ese fue un día de los más felices para él.

Tiempo después, ya en mi patria, recibí una carta de una colega china quien me decía que los compañeros se recordaban con agrado de mí porque siempre andaba cantando y parecía muy feliz a pesar de la presión que todos recibíamos.

Me contaba un vecino de Cedros de Montes de Oca que trabajó de cerca con el padre Luis Martínez, sacerdote jesuita muy emprendedor, que en una ocasión cuando estaban haciendo la ampliación del templo de ese lugar y luego de hacer las cuentas notaron que les urgía tener 25000 colones y no sabían cómo conseguirlos. No había concluido la reunión cuando se presentó un desconocido a quien le había gustado la obra y por tanto quería donar 25000 colones.

En una oportunidad, estando en la parada de un bus pasó un amigo más joven que yo acompañado de su mamá rumbo a una entrevista para conseguir dinero para construir una casa. Ambos iban muy nerviosos y poco esperanzados en obtener el préstamo que necesitaban. Me recuerdo haberles mencionado el Éxodo donde dice: *“Yo enviaré un ángel para que te guíe en el camino y te haga llegar al destino que he elegido para ti”*. Tanto mi amigo como su mamá se despidieron agradeciéndome el apoyo moral. Días más tarde me encontré de nuevo con mi amigo quien me dijo: *“Fíjese don Jorge que nos atendió un señor amabilísimo que nos abrió todas las posibilidades para conseguir el dinero, como decir un ángel.”*

A pesar de lo que nos dice la termodinámica sobre el aumento de la entropía y que efectivamente nos abruma el caos aparente de las cosas: desorden en las calles, basura, multitud de vehículos en las carreteras hay un orden en el Universo. Existe una concatenación de todos los eventos que rigen la vida. En su inmensidad el océano recibe todas las aguas de la tierra y las

recicla a través de la evaporación y precipitación. Las hojas senescentes de los árboles caen y se las lleva el viento pero para el tiempo de las lluvias se acurrucan en la madre tierra y son alimento para otros organismos que prosperan. Y el ciclo se repite, la vida continua sin interrupción todos los días para asombrarnos.

Se dice que ocurren muchos milagros, no lo dudo, pero es claro que la mayoría de las cosas buenas le ocurren a las personas empeñosas que trabajan diariamente con ahínco, que hacen gestiones, sin temores, que conservan el buen humor pese a los tropiezos, y tienen siempre un pensamiento bien intencionado.

SOBRE CONOCER

Conócete a ti mismo (1985)

Hace algunos años en Santa Cruz de Guanacaste una comisión de festejos patrios del 15 de setiembre le rindió homenaje a un grupo distinguido de ciudadanos de esa ciudad. El objetivo: Motivar a escolares para que conocieran la biografía de viejos personajes santacruceños.

En la “Historia Como Sistema”, José Ortega y Gasset insiste en que la vida es un peregrinaje de una experiencia a otra en un aprendizaje que no termina. Esta consideración justifica el estudio de la historia en una forma sistemática para aprender de la experiencia de otros los pasos más seguros y los riesgos que conlleva la decisión de ponerse en marcha. Caminar rápido, en silencio, reflexionando y trabajar diario con toda la buena intención hacen llegar lejos. Aun así, no muy distantes están el viejo músico ejecutor de ritmos y melodías, el campesino amante de la tierra, el mecánico experto en motores de carros y fábricas, el ebanista amante de la madera, el maestro que enseña la relación del radio a la circunferencia, el profesional, el estadista, el cura de parroquia pobre rezando el padrenuestro y aún los hombres menesterosos objeto de burlas.

José Hernández en su Martín Fierro dice -a través de uno de sus personajes- que la vida es círculo y el círculo es eternidad. Yo me inclino a compartir lo pensado por otros al respecto: Si bien la vida es círculo en sí, no se circunscribe a un plano sino que semeja voluta de humo dejándose empujar por el viento. Aun así, después de tantas vueltas de la espiral la vida sigue siendo incierta, una hoja que levanta la polvareda. Conocerse

a sí mismo es también conocer a los demás: Lo que otros han hecho, aciertos y errores. Conocerse a sí mismo es pues, ver y aprender con atención cotidiana, conscientes de la igualdad que a todos nos hermana.

La necesidad de un diálogo con la historia (1985)

*“-que sólo se vuelven
esclavos los pueblos que
se cansan de ser libres-“*

Joaquín García Monge

Por motivos que no recuerdo fui invitado a una fiesta en casa de un costarricense que también hizo sus estudios de postgrado en Ames, Iowa. Estábamos Primo (dueño de la casa), José, Mario, Gabriel, Pitty, Ortiz y yo. Por ser todos de la misma región la conversación se fue orientando hacia los problemas comunes. Mientras uno se mostraba anuente a que los Estados Unidos limpiara de comunistas a Centroamérica, otro, en cambio, no estaba dispuesto a permitir la entrada a su casa, a la fuerza, *“ni siquiera a un ejército celestial”*. Yo los escuchaba de “largo” a la usanza aradeña. Una frase dicha por Ortiz sí me impactó: *“Los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla”*. Recordé entonces a tres héroes latinoamericanos: Bolívar, San Martín e Hidalgo exaltados en la prosa de Martí bajo el título de “Tres Héroes”. El autor introduce al tema relatando que un viajero llegó a Caracas y sin siquiera quitar el polvo de sus vestiduras fue a depositar flores a la tumba del caudillo venezolano y prosigue con detalle en las épicas hazañas de éste y de San Martín para abordar luego las acciones del “cura” Hidalgo.

Enfatiza Martí sobre el carácter del héroe: es el hombre

que tiene el valor de muchos hombres, es el que no abandona la lucha cuando todos la han abandonado y en el caso de Hidalgo, de su cabeza, cortada por la espada del opresor, surgieron miles de cabezas mexicanas reclamando libertad para su pueblo.

Los enemigos de la libertad siguen existiendo, no vestidos de yelmos, lanzas ni arcabuces ni montando briosos caballos como los conquistadores que sojuzgaron a nuestros pueblos indígenas. No son los esbirros de la Corona aplastando movimientos libertarios de criollos y mestizos. Ahora, si bien hoy todavía abundan enemigos de la libertad con armas poderosas, hay otros que actúan de otras maneras: se disfrazan y atacan calladamente. Al igual que ayer necesitamos héroes que defiendan a nuestros jóvenes del embate del vicio y la desesperanza al que hombres inescrupulosos desean conducirlos. Se necesitan hombres y mujeres en cada comunidad que vigilen y que eduquen a los jóvenes. Se necesitan defensores de la libertad: personas que promuevan la formación sana e integral de nuestra juventud y la formación de líderes honestos para el manejo futuro de los asuntos de la Patria. Sólo de esa manera podemos garantizarnos que en los siguientes decenios podamos gozar de libertad real en nuestros países.

Esta es la manera

Cuando terminé mi enseñanza secundaria y sin recursos claros para proseguir la enseñanza universitaria, gracias a mi padre cayó en mis manos el método “Mis 20 Lecciones de Cultura Psíquica” de W. Borg. La oración con que se abría el primer capítulo o lección decía abreviadamente: todos los hombres somos iguales -poco más o poco menos- a pesar de que a veces vemos surgir de la nada algunos que se levantan sobre los otros y que la gente suele conferirles poderes extraordinarios. Seguidamente el autor destacaba que la experiencia personal le permitía afirmar que la diferencia entre unos y otros es una cuestión de método. Un método es una manera de hacer las cosas y en el caso de un hombre: una manera de ser o su filosofía. Estas ideas me han ayudado a lo largo de la vida en mis diferentes acciones y en el convivir con maestros, alumnos y compañeros.

Uno de estos maestros fue mi profesor Dr. A. Tabatabai, mi profesor guía de doctorado en la Universidad Estatal de Iowa, quien practicaba coincidentemente muchos de los principios de W. Borg. Si quisiéramos resumir sus principios diríamos que recomendaba ser organizado, ir paso a paso, planear todo y ser consistente.

Ser organizado conlleva el tener un orden para cada cosa, en el espacio, para que siempre estén inequívocamente en el lugar en donde se necesitan.

Proceder paso a paso significa no saltarse pasos, mantener el ritmo y liberarse de la tensión e incertidumbre al ponerse en marcha.

Planear le permite al individuo saber para donde va en todo momento.

Ser consistente es trabajar sin contradecirse y llamando las cosas siempre por su nombre y con los mismos patrones de referencia.

A estas enseñanzas yo añadiría otras más que he experimentado u observado en personas de valor. Una de estas es ser paciente, no desesperarse sabiendo que hay un momento para cada asunto.

Si bien hay muchas cosas deslumbrantes, uno trabaja con empeño en una dirección y si las cosas ocurren de otra manera no se desanima ni se encoleriza. Las cosas son como son. Alguien dijo que el hombre vive para un momento: Aquel en que se encuentra cara a cara consigo mismo. Ese instante, ese chispazo de la eternidad, es hoy y el aprovecharlo es un asunto vital.

Daniel en la fosa de los leones

*“Sea bendito el nombre de Dios de siglos y siglos,
porque suyos son el poder y la sabiduría”.
El muda los tiempos y las edades; quita reyes,
y pone reyes; da la sabiduría a los sabios,
y la ciencia a los entendidos”.*

Daniel 2:20-23

En un documental de la BBC, tres hombres africanos –armados con simples arcos y flechas- les arrebatan la presa a 15 leones. Para esto caminan juntos sin inmutarse en tanto que los leones al percatarse de su presencia huyen descontrolados y luego –entre rugidos de resignación- miran desde lejos como los hombres cortan una pierna del antílope que ellos estaban devorando. Luego de tomar su parte, los hombres se alejan y dan la espalda a los leones. En una escena posterior ellos comen la carne del antílope mientras discuten si eran 15 o 17 leones los que estaban devorando al antílope. Cuando la gente observa este tipo de acciones, muchos hablan de encantamientos y de oraciones misteriosas que los domadores susurran para dominar a las fieras o animales domésticos de difícil comportamiento. Lo común que tienen estas personas es una gran tranquilidad a la hora de enfrentarse a los animales. Leía yo en un libro sobre meditación que existe un efecto de los que acostumbran meditar y que ha sido llamado “efecto San Francisco” en alusión a la propiedad que tenía el santo en atraer a los animales silvestres cuando oraba al Señor.

En el libro de Daniel encontramos un ejemplo dramático del comportamiento anormal de las fieras ante la presencia del profeta. Se narra en dicho libro que la envidia de los cortesanos de Nabucodonosor los hace urdir un complot contra Daniel y así hacen que el soberano condene al judío a la fosa de los leones por no cumplir con un decreto en que se debía rendir adoración a una estatua del rey babilonio y en cambio sí oraba varias veces al día al Dios de Israel. Daniel es condenado a bajar y enfrentar a las hambrientas fieras. Se cuenta que Nabucodonosor tuvo que cumplir su palabra vertida en el decreto aunque no estaba contento con ello y pasó toda la noche desvelado por la suerte de Daniel razón por la cual, a la mañana siguiente fue al lugar de la fosa para enterarse qué le había acontecido. Llamó entonces a grandes voces al profeta y se lo encontró sano entre los leones quienes no le habían hecho ni siquiera un rasguño. Daniel había orado a su Dios y éste enviado a sus ángeles para cerrar las fauces de los leones y contener sus garras.

La oración da fuerza tanto al profeta como al hombre común, aleja el miedo de los corazones. Del miedo ante las amenazas de la vida.

No debemos temer sabiendo que Dios es dueño de lo conocido y lo desconocido y domina la oscuridad y la luz. La fe en Dios da poder para andar entre leones, para superar los obstáculos de la vida por difíciles que sean.

La oración, la meditación, la respiración son alimento para el alma. La imaginación, la fe y el trabajo de la razón hacen que lo planeado se torne en realidad.

No hay edad para decepcionarse

En una de las reuniones de nuestro barrio con el fin de discutir nuestros problemas comunales, sus posibles soluciones y actividades que sería bueno emprender, se debatió con amplitud el asunto de organización de seguridad. En uno de esos momentos, uno de los vecinos manifestó -muy molesto- frustración ante nuestra organización comunal y el país en general. A esto, otro manifestó que *“a esta edad no hay derecho a decepcionarse”*. Observación que resultaba fuerte a la vez que graciosa. Con frecuencia, efectivamente, nos sentimos defraudados porque nuestras expectativas no se ven colmadas y caemos en estados depresivos por causa de las frustraciones. Bien lo aconsejaba Juan Pablo II cuando, hablando con los jóvenes de Costa Rica en 1983, les decía *“No a la desesperanza, no al egoísmo, no a la injusticia, no a los caminos sin Dios, no al odio y a la violencia, no a la mediocridad”* y seguidamente incluía una serie de afirmaciones a los valores positivos: *“Si a la fe y al compromiso con la vida, si al respeto de la dignidad de todos por igual, si a la justicia, al amor y a la paz, si a la solidaridad con todos, obligándose especialmente hacia los más necesitados.”* Todas las edades de la vida nos presentan retos y debemos resolverlos en el acto para no dejar que lleguen a preocuparnos, vivir la realidad con alegría, amor y confianza en que vamos caminando por la senda correcta. Dejando que la vida corra, debemos ser conscientes de nuestro ambiente y de nosotros mismos seguros de que nuestras acciones, ideas, filosofía o religión nos deben conducir a ser felices en este mundo el día de hoy.

APRENDIZAJE

Lo que vine a aprender (De una carta de 1985)

“Fíjese, Blasita, lo que vine a aprender aquí”.

(Juan Chincaca, fumándose un cigarrillo, mientras convalecía de una enfermedad en el Hospital San Juan de Dios, hace muchos años).

Volviendo al famoso Quijote de la Mancha de Don Miguel de Cervantes - en el tercer capítulo - nos encontramos que el ilustre hidalgo logró salirse con la suya: caminar por el mundo con el afán de *“desfacer entuertos”*. En esa, su primera caminata, tomándole la noche hubo de quedarse en una venta en donde un atento negociante le proveyó de alimento y un lugar para velar sus armas. Asimismo el ventero le preguntó si traía dinero. Don Quijote, muy sorprendido, hizo notar que en los libros de caballería -en los muchos que él había leído- nunca un caballero había pagado por tales menesteres. El ventero le replicó que si no lo decían los libros era por obvio y que, en adición a dinero, los valientes caballeros andantes cargaban consigo ropas de repuesto y otros enseres para cubrir las necesidades del camino y curar las heridas que pudiesen sufrir en batalla.

Creo que a estas alturas la pregunta que cabe hacerte es: -¿Cuántas sorpresas has vivido en estos primeros meses en la Universidad? Supongo que muchas cosas habrás aprendido, diferentes todas a fumar como *“mano Juan”*. Vale la pena hablar de métodos de estudio? Mucho podríamos hablar de ellos: mas debes escoger el que mejor se adapte a tu personalidad (consejo sabio y nada comprometedor). Yo he descubierto

que la presencia en todas las actividades es buena: asistir a clases, estudiar con compañeros, preguntar a los profesores, hacer tareas, vivir en la biblioteca, son factores que se conjugan en una mejor compenetración con la materia que se está estudiando. Aconsejo asimismo un orden riguroso de la información recibida: apuntes de clases y libros consultados, exámenes viejos, ejemplos resueltos a problemas, etc., todo debe compilarse ordenadamente sin descartar nada (el sistema de “*folders*” con hojas de tres huecos permite guardar en forma ordenada de acuerdo a fechas de recibo).

El descanso es tan bueno como el trabajo: debes dormir si tienes sueño (media hora durante el día, no importa la hora) y no puedes concentrarte adecuadamente. Hay indicios científicos que aconsejan dormir una vez que se estudie intensamente. Por otra parte, trata de dormir seis horas todos los días durante la noche.

No debes descuidar la alimentación: en caso de emergencia, debes llevar al menos un sándwich en el bulto y algo de beber (un compañero mío en la Escuela de Química siempre llevaba dos bollos de pan con mantequilla –debidamente envueltos- en la bolsa delantera del pantalón). En todo caso, lo aconsejable es tener una alimentación balanceada.

Muchas cosas podría seguir comentando, mas como experiencia personal (y la de otros muchos) te recomiendo, y lo hago extensivo a cualquier joven con “oído perceptivo”, no ceder en tus ilusiones, es decir, persevera en lo que consideres esencial para crecer como persona.

Sigue pues el camino montado en modesto jamelgo, en bicicleta como los chinos o en aeroplano disfrutando del paisaje con la mente puesta hacia adelante.

Pinocho en el País de los Juguetes

En el libro de Las Aventuras de Pinocho de Carlo Lorenzini (Collodi), el famoso niño de madera da sus primeros pasos en el aprendizaje odiando, por igual, las letras y las matemáticas; distrayéndose y faltando a clases. Uno de sus amigos, que compartía esas aversiones, entera a Pinocho que hay un circo en el pueblo y sin pensarlo mucho hacia ahí se enrumban. En el lugar conocen a un estafalario personaje que promete llevarlos al País de los Juguetes en donde todos los días eran de asueto y los niños podían gastar todo el tiempo jugando. Los dos amigos, al igual que otros niños vagabundos, se embarcan en tan atractiva aventura que los lleva, en un carruaje tirado por asnos, al País de los Juguetes y todas sus diversiones.

Efectivamente, en el mencionado País los niños se la pasaban de lo lindo sin preocuparse jamás de las enseñanzas de los maestros y de los consejos de sus padres. Todos estuvieron felices hasta el momento en que Pinocho descubre que a su amigo le han crecido unas orejas de burro de lo cual hace burla hasta que este amigo, a su vez, le hace notar al muñeco que él también tiene sendas orejas de asno. El problema se incrementa en poco tiempo al proseguir la transformación de los niños en asnos. Entonces, y muy tarde, se dan cuenta del engaño y más aún lo sufren en carne propia cuando –ya transformados completamente en borricos- el curioso personaje del circo los vende, como bestias de trabajo, a los labradores. A Pinocho-asno, más afortunado que su amigo de juegos –quien muere en la aventura- , le toca dar vueltas a una noria con el fin de

sacar agua para el riego. Esto es, dar y dar vueltas sin ir a lugar alguno, atado y estimulado única y continuamente por el lacerante látigo del labrador, ahora su dueño.

El libro sigue enseñándonos otras cosas -a través de su interesante trama- mas este pasaje nos ilustra la importancia de la educación, del trabajo duro, del “no” a las cosas fáciles y a la enseñanza simplificada hasta lo superficial. De paso, ser estudioso, empeñoso y trabajador no es una negación al descanso y al esparcimiento que todos necesitamos de cuando en vez pero si a la actitud seria con que hay que recibir cada día para movernos hacia una vida mejor y más plena. Si no actuamos de esa manera, nuestras deficiencias e inconsistencias se harán evidentes con el paso del tiempo y ciertamente nos lamentaremos como Pinocho y sus amigos vagabundos.

Con la espada en la mano

De los relatos de los tiempos de Homero nos enteramos que los helenos antes de emprender la guerra contra Troya consultaron el oráculo y este les indicó que para triunfar en esa empresa debían conseguir la participación de un guerrero extraordinario: Aquileo. Inmediatamente se ocuparon de buscar a ese guerrero dentro de los mejores entre ellos, en los pueblos, en los palacios, sin conseguirlo. Esta dificultad era explicable toda vez que la madre de ese héroe, la diosa Tetis, al tiempo de traerlo al mundo, también consultó un oráculo y éste le aseguró que su hijo moriría joven en el campo de batalla. Temerosa, la diosa protegió a su hijo sumergiéndolo en una pócima mágica para hacerlo invulnerable y además lo separó de los varones para evitar que aprendiese los juegos de guerra mandándolo a Escira a vivir entre las hijas de Licomedes. Así, los helenos, tras mucho tiempo de búsqueda, estaban desesperados por no poder encontrar al ansiado guerrero hasta que alguien sugirió que le pidiesen a Odiseo, el más ingenioso entre ellos, que lo buscase. El famoso estratega de inmediato se puso en marcha para cumplir lo que se le solicitaba con una sola variante: sacó de su cinto su afilada espada y con ella en la mano, transitó los mismos caminos que sus antecesores en la búsqueda y al igual que ellos abarcó muchos territorios sin obtener resultados positivos. Sin desmayar, el astuto guerrero continuo su búsqueda y al cabo de mucho transitar se encontró dentro de uno de los palacios y ahí lo atrajo una algarabía de niños. Inmediatamente pidió se

le llevase a ese lugar desde donde se generaban tales ruidos. Los que lo atendían en el palacio le explicaron que esos ruidos procedían del gineceo, es decir, el lugar en donde estaban las niñas, y por lo tanto no había varones; no obstante, Odiseo insistió en ver el lugar. Cuando entró al recinto en donde las niñas jugaban, con su espada al descubierto, todas se asustaron menos una que se adelantó y le quitó la espada de su mano. Al instante, el inteligente guerrero reconoció a Aquileo a pesar de estar vestido con ropa femenina. La *Ilíada* nos narra todas las proezas de Aquileo en Troya que fueron decisivas en la toma de la misma por los helenos.

Cuando pienso en esta leyenda, encuentro una similitud de la búsqueda de Odiseo con la misión que se le encomienda al maestro para transmitir el conocimiento, fortalecer al joven y despertar en él o ella las decisiones que requiere para hacerse cargo de su vida. El maestro debe tener siempre en su mano la espada reluciente del conocimiento para inculcar a sus discípulos actitudes positivas ante los retos que se le presentarán en la vida, conocimientos valiosos a través de las charlas, prácticas y lecturas formativas. Solo así la patria tendrá los héroes que necesita: jóvenes serios, estudiosos, con visión progresista ante la vida.

Ayuda para escribir

El arte de escribir ha sido una herramienta valiosísima para las personas de todos los tiempos y es, por tanto, preciso adquirir esa habilidad desde la edad escolar. Se dicen cosas controversiales como: “Escribir mal es mejor que no escribir” o “Si no *gatea*. ¿Cómo va a poder caminar?”. Para complementar estas afirmaciones me parece conveniente referirme a una experiencia muy enriquecedora que mi hijo Luis tuvo como alumno en una Escuela de Ames, Iowa. Cuando apenas podía escribir algunas oraciones se le alentó, al igual que a sus compañeros, a escribir e ilustrar cuentos cortos. Estos cuentos luego fueron transcritos a máquina por la maestra y editados usando las ilustraciones originales de los niños. El librito que cada niño elaboró se puso a disposición de todos los estudiantes en la biblioteca de la escuela para leerlos ahí o llevarlos prestados a sus casas. El estímulo que mi hijo recibió en ese momento ha sido muy valioso e imperecedero.

El escribir sobre cosas vividas, ojalá todos los días, estimula a recordar y analizar lo actuado y documenta cualquier experiencia para el futuro. Conforme más se estimule el arte de escribir y de recordar, más vividas se hacen las historias. Por esto, uno siempre debe andar atento -en esto una libreta y un lápiz son muy útiles- a las ideas que se crucen por la mente cuando ve, escucha o siente algo que le llama la atención. Las ideas vienen de diversos lugares, a veces vienen en los sueños, otras veces –estimulados por cualquier motivo- en tropel cual caballos salvajes. -¿Como ordenar esas ideas?

Unas buenas ideas sobre escritura las encontré en un artículo de William Luellen (Agronomy News) titulado “Use todo el cerebro cuando escriba” en donde nos ilustra cómo combinar lo creativo y lo lógico de nuestro cerebro y que él denomina ‘mezclar el hemisferio derecho con el izquierdo.’ El ejercicio que el propone es el siguiente: una vez escogido el tema, garrapatear en el papel cualquier cosa que se le venga a la mente, sin dudar, no importa siquiera que no sean oraciones, a veces una palabra basta. Luego dejar el lugar y no pensar en lo que se escribió. Preferible es siempre dejar pasar una noche. Así, al siguiente día, añadir algo si es necesario y entonces ordenar las ideas en un orden lógico para escribir. Si así lo desea, puede hacer una pausa adicional. Entonces, como se dice ‘sin levantar la mano,’ escribir todo el artículo, cuento o ensayo que se propone sin preocuparse por la ortografía, cita bibliográfica o cualquier otro detalle más fino que Ud. desearía incluir. Una vez concluido este ejercicio, haga pausa. Busque los materiales de respaldo si es el caso. Entonces edite, corrija todo lo que sea necesario, sin olvidarse de la ortografía y la gramática, cuantas veces lo considere necesario.

Una de las más inolvidables experiencias de mi vida escolar fue la primera visita a una biblioteca. Fue cuando cursaba el primer grado de la enseñanza primaria. La biblioteca estaba abierta por la noche y yo me las arreglé para ir a leer algún libro. Cuando llegué había varios adultos no escolares leyendo el periódico. Yo los miraba serios y muy solemnes tan concentrados parecían en sus lecturas.

Para solicitar libros había que llenar una boletita. Por supuesto, no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. La mano amiga de Luisito Matarrita me ayudó a poner los datos necesarios y de su propia cosecha escogió el libro “Abejitas” muy apropiado, por su fácil lectura e ilustraciones, para un ‘primereño’ (c... pequeño como nos llamaban los de los grados superiores).

Desde entonces, para mí el deseo de leer ha estado unido a un deseo de saber y de propio gozo. Me alentaba en aquel tiempo conocer de memoria las poesías que enseñaba el maestro Aider Fonseca a sus alumnos dentro de los que se contaba mi hermano Elémer; saber la letra de muchas canciones para cantarlas a viva voz y seguir las entretenidas aventuras de Súper Ratón luchando contra el Villano Aceitoso... Tantos años de escuela han vuelto a ese niño -de ojos redondos como carambolas según los describía una vecina de antaño- en un adulto de cara seria como la de aquellos lectores santacruceños.

Sigoyendo a la biblioteca de Iowa State University, aquí en Ames, ahora que escribo mi tesis doctoral. En la sección de revistas científicas también se hallan los periódicos que difunden las

noticias diarias. Sobre el hombro, en una manifiesta falta de educación, me he fijado en lo que algunos de ellos leen y aunque parezca mentira un buen número de ellos por serios que parezcan se divierten con las historietas y le ponen buena atención a Roldán el Temerario, Flash Gordon y otros héroes creados por el lápiz de los artistas. La Biblioteca Parks, que así se llama, tiene sistemas computarizados y es fácil usar sus libros y revistas de circulación periódica.

Recuerdo haber escrito junto a mi padre una motivación acerca de los libros: lo que éstos significan. Son alegría y tristeza según se lean comedias o tragedias. Son los ojos del viajero. El cóndor que se remonta en lo alto de los cielos cuando se mira un libro de geografía. Se conoce el espíritu de los héroes y de los santos en las biografías. El conocimiento acumulado por miles de hombres de todos los credos y razas descansa en los estantes de las bibliotecas. Tanto se aprende y se disfruta de los libros y de la vida que un escritor afirmó que lo único que salva de la tristeza es aprender. Aprender cómo se hace una rueda, la filosofía, el arte, hasta el digno oficio de labrar la tierra.

Cuando estuve en el Liceo de Costa Rica me tocó leer María de Jorge Isaacs y me volví un mar de lágrimas y mocos ante la desesperación de Efraím por la muerte de María, el personaje central. Años después, en la Universidad de Costa Rica, me mareé con el Romance Sonámbulo de Federico García Lorca y las Sonatas de Ramón del Valle Inclán, caminé junto a Antonio Machado por las yermas llanuras castellanas y con Juan Ramón Jiménez y Platero por los caminos de Moguer.

Más solemne fue ver la barca funeraria de Bewolf perderse en la mar cuando tomé un curso de literatura inglesa con el excelente profesor Ian McNiven. Asimismo, profundas y valiosas fueron las discusiones con Luis Valverde, mi amigo y compañero ahora abogado, al leer El Paraíso Perdido de Milton.

Las razones que la serpiente esgrimió para convencer a Eva a probar la fruta del árbol de la ciencia. El triunfo de la tentación sobre los padres de la raza humana. La pérdida de la inocencia y la ganancia del conocimiento por los perdedores del Paraíso Terrenal. Pero corolario a toda esta desventura: la bondad en los designios del Señor: la ciencia conduce al conocimiento de la verdad y la verdad acerca al hombre a Dios.

El libro “Los Cazadores de Microbios” nos ilustra sobre la fantasía que ha significado para los microbiólogos el descubrimiento de seres microscópicos: unos responsables de enfermedades en hombres, animales y plantas; otros, por el contrario, beneficiosos a la existencia de la vida en este planeta. La tenacidad de un inventor nos es revelada en el libro “Thomas A. Edison: El Hombre y el Genio” que describe los logros –la lámpara incandescente, el fonógrafo, entre otros- de este extraordinario hombre que han significado comodidad para todos los hombres. “La Buena Tierra” de Pearl S. Buck nos muestra el amor del campesino chino por la tierra: lo que significa ser agricultor con sus penurias y alegrías.

Los libros de ciencia y arte usados en las escuelas, colegios y universidades son tan encantadores como los mencionados anteriormente. Investigadores como Newton, Laplace, Tesla, Planck, Einstein, Priestley, Pasteur, Pedroy María Curie, Watson y Crick así como una lista interminable de hombres y mujeres en la ciencia y la tecnología han gastado sus vidas detrás de microscopios e instrumentos científicos en los laboratorios y en el campo buscando explicaciones a los fenómenos de la naturaleza. En los anaqueles podemos encontrar partituras de Bach, Beethoven, Mozart entre los genios de la música y libros sobre pintores y escultores como Da Vinci, Miguel Ángel, Rembrandt, Rodin, Monet, Velásquez, Picasso y muchos más que han captado las formas, la luz y las sombras en sus exquisitas obras.

SUPERACIÓN

El elefante encadenado

Es bien conocida la fábula india en la que se habla del elefante atado a una cadena y ésta a su vez anclada en un pequeño clavo de hierro inserto en el suelo. -¡Aquella mole de músculos atada a su aprendizaje! Impotente, comiendo el escaso pienso y bebiendo del agua que le daba su dueño. Esta es una escena que nos es familiar pero -al observarla- no le sacamos suficiente provecho. Sin percatarnos muchas veces nos amarramos o nos dejamos atar a situaciones que nos atrasan en nuestro avance intelectual, y nos retienen en nuestro camino hacia la liberación interior, hacia nuestro encuentro con nosotros mismos, hacia nuestro encuentro con Dios.

Alejandro, más tarde llamado El Magno, una vez se encontró ante un nudo indescifrable -el nudo gordiano- del que se decía que aquel que lo desenredara conquistaría el mundo. Sin pensarlo dos veces, aquel gran conquistador, sacó de la vaina su afilada espada y de un solo tajo cortó el intrincado nudo y de esa manera -según lo creyeron los presentes- rompió el hechizo. De ahí en adelante sólo la muerte detuvo su paso arrollador.

Con esa seguridad debemos tomar nuestro camino -cortar los apegos- y no temer a las dificultades ni a la lluvia, al frío o al sol. También es consejo del caminante no ir muy cargado porque de lo contrario pronto nos fatigaremos.

Caminemos, “ligeros de equipaje” como diría Machado, con paso firme y la mirada puesta en cada detalle, en cada

maravilla que se nos presenta, con alegría de saber hacia dónde vamos. Mas cuando la marcha se nos haga fatigosa, descansenmos a la vera del camino, cantemos o silbemos alguna canción alegre que nos traiga el aire de la tierra y su gente bulliciosa.

Eso de hacerse bonito

Uno de mis estudiantes le decía a otro condiscípulo *“como dice don Jorge: uno se va haciendo bonito”*. Mis amigos, colegas y jóvenes estudiantes creen que bromeo cuando recomiendo hacerse bonito, transmutarse, hacerse de oro. Esta tarea parece difícil cuando sólo tomamos en cuenta nuestro cuerpo físico pero no cuando hablamos de otros cuerpos como lo menciona Deepak Chropra.¹⁰ En el campo físico podemos hacer mucho por nosotros porque podemos acondicionarnos con el deporte, lucir radiantes con el aseo y la pulcritud. Con la respiración y la meditación ciertamente podemos llegar a ser tan tranquilos y armoniosos que no hará parecer más jóvenes y atractivos. Nada despreciable es lo que en la actualidad se consigue con los afeites y las cirugías cosméticas y reconstructivas. El cuerpo emocional, al que le gusta ejercitarse con la sorpresa, con el asombro, el humor, la sonrisa, la música, tiene un amplio campo para expandirse. Una adecuada condición física también nos ayudará con nuestro cuerpo emocional. La respiración larga nos hará sentirnos llenos de energía cuando demos caminatas solitarias y silenciosas de tan sólo 15 minutos. Entonces no nos sobresaltarán los ruidos súbitos y no seremos proclives al enojo.

El intelectual se fortalece y se embellece con las duras matemáticas, los enredados cálculos, las discusiones filosóficas, viendo por el microscopio y manipulando complejos

¹⁰ Deepak Chopra. *Las Siete Leyes Espirituales del Éxito*. Edivision. Cuarta Edición. 1996.

instrumentos. Las ideas provenientes de los maestros, libros, la simple observación de la naturaleza y el comportamiento de los seres nos darán mayor atractivo cuando conversemos, escribamos, cuando la disputa o diferencia de criterios la convirtamos en amena conversación en donde quepan todas las ideas. Pero hay otro cuerpo que nació más hermoso porque vive a la sombra del Altísimo y es perfecto e inmutable, él es el que nos garantiza que somos especiales y bellos eternamente. Ese es al que se refería Juan Ramón Jiménez al decir:

*"Yo no soy yo.
Soy éste
que va a mi lado sin yo verlo;
que, a veces, voy a ver,
y que, a veces olvido."*

Ese es el cuerpo que da amor. Porque el mayor alimento para el hombre o mujer armoniosos es el dar y recibir amor desde el fondo de su ser más íntimo porque es ahí en donde reside su naturaleza perfecta.

Del ser (De una carta de 1985)

*“El que es, es”.
Dijo Oldemar Briceño mientras
pelaba, con un enorme machete,
una naranja para refrescarse
después de un día de fajina cuando
conversaba con su hermano José
Ángel acerca de una tercera persona*

Mis creencias -“*el hombre vive de sus creencias*” afirma José Ortega y Gasset- me hacen coincidir en cuanto a que “el que es, es” pero dudo en cuanto a que no cambia. No cambia en cuanto a su identidad más íntima pero sí parece hacerlo en cuanto a cantidad y calidad de contenido en otros de sus cuerpos.

“Lo único constante es el cambio” decía Heráclito, anteponiéndose a los ejemplos eleáticos de la flecha que nunca alcanzaba el blanco porque su movimiento reducido a consideraciones infinitesimales no le permitía salir del arco, como tampoco Aquileo podía alcanzar a la tortuga al hacer consideraciones semejantes.

El mismo Ortega y Gasset agrega que “*el hombre es un peregrino del ser*” en su libro “La Historia como Sistema” y señala que el hombre recibe la vida sin haberla solicitado, mas no la recibe hecha, sino por el contrario, debe hacerla en un continuo flujo de experiencias, en donde lo único que se puede afirmar respecto al ser es lo que ya no es, es decir, la experiencia pasada: los caminos o “trochas” abandonadas

y ahora cubiertas de vegetación. Al pensar en estas cosas, evoco todas las ilusiones de juventud: vidas pensadas fantasiosamente y luego olvidadas (o al menos ocultas de la rutina cotidiana) al seguir otros caminos de la misma manera que olvidamos pasar por la “Vuelta del Chorro” de los viejos y polvorientos caminos aradeños.

“¿*A dónde el camino irá?*” -se pregunta Antonio Machado. En esta eterna romería que nos toca hacer, es útil vislumbrar el campanario de la iglesia entre lo verde de la campiña, más tarde entre los apretujados edificios de la ciudad, agudizar el oído al tañer de la campana que aconseja la reflexión.

Ricardito el del tupé

Este cuento es de *“aquel tiempo”* en que los príncipes y princesas vivían rodeados de magos y hadas madrinas. Ocurrió entonces que en uno de esos reinos nació un principito entre el regocijo de sus padres y todos lo que en ese territorio habitaban. Empero el niño tenía un defecto: Era muy feo. Sus padres que lo amaban estaban consternados por ese detalle mas el Hada Madrina –siempre por ahí- les dijo que no se preocupasen que ella arreglaría el asunto. El problema, eso sí, no tenía una solución instantánea. Lo que el Hada consiguió para resolverlo fue que el príncipe Ricardito, que así se llamaba el infante, iba a ser muy inteligente y se haría bello si una princesa hermosa se enamoraba de él. Ciertamente no era una situación fácil para el poco agraciado príncipe. Por otra parte, más o menos por el mismo tiempo, en un reino vecino, nació una princesita de la que todos quedaron prendados de su belleza. No obstante, el Hada Madrina de ese otro reino, advirtió a los felices padres que esa princesita no iba a tener mucha inteligencia a menos que ella le concediera el don de hacerse inteligente lo cual conseguiría en el momento en que un príncipe inteligente se enamorase de ella.

El cuento tiene un final feliz cuando Ricardito, venciendo todas bobadas de la princesa y convenciéndola de que la belleza es asunto relativo logra que ésta se enamore de él y acepte ser su esposa. En aquel momento obran los dos hechizos y ocurren las transformaciones pronosticadas por las Hadas Madrinas. Los genetistas pueden introducirle datos a este cuento. Así...

lo que parece un cuento se torna realidad. Los hombres con mayor riqueza, inteligencia o poder normalmente -aunque no necesariamente feos- atraen más a las mujeres y casi siempre se casan con las más bonitas. Como consecuencia, los hijos resultantes van concentrando características favorables de inteligencia y belleza física en muchos casos. Por otra parte, la convivencia de los esposos los hace parecerse en sus ideales, costumbres y a veces hasta físicamente.

Lo que se ha dicho para el varón es igualmente aplicable a la mujer. Una dama, sin importar su belleza física, puede cultivarse en lo intelectual, desarrollar gran seriedad, trabajar tesoneramente y tener posiciones de privilegio que le pueden dar realce y atractivo.

Una aplicación más general de este cuento nos concierne a todos en relación a nuestros amigos, compañeros y vecinos. Cuando asistimos a la escuela aprendemos no solamente de nuestros maestros y sus libros sino también de nuestros compañeros y compañeras, de ahí la importancia de las buenas compañías. Aprendemos en los grupos en los que nos involucramos y nos hacemos parecidos a los compañeros de cofradía. Ni que decir de los amigos y amigas que con el correr del tiempo se convierten en verdaderas prolongaciones de nuestro propio ser al compartir con nosotros ideas, alegrías y tristezas.

La vida es un traje a la medida

En algún momento me encontré en una conferencia dictada por el profesor Félix Canet de Cuba sobre los riesgos de la producción en agricultura orgánica y a la par de los conceptos técnicos que expuso deslizó una máxima que no se me escapó “la vida es un traje a la medida” y conociendo la realidad que ha vivido el pueblo cubano a través de su historia, esta afirmación atrajo mi atención. No hay que olvidar la percepción, cuando era niño todo parecía inmenso y por mi mente rondaban las interrogantes y ahora ya viejo todo resulta estar más cerca y aunque nos comunicamos mucho, a veces pareciera que nos estorbamos unos a otros. En nuestro peregrinar por la vida vamos aprendiendo y formándonos a nosotros mismos. Amplia es la vida para el que escoge caminar por las amplias avenidas, confuso es el camino para el que escoge los trillos o veredas. Por otra parte, para defendernos de las inclemencias del tiempo debemos escoger vestiduras apropiadas, cómodas, que nos gusten, que no pesen o aprieten demasiado, que no limiten nuestros movimientos, que nos dejen respirar. Así, en el camino de la vida debemos prepararnos para los retos y ser conscientes de que no hay un problema demasiado difícil para el espíritu libre del hombre: el que no juzga, no se apega y ama la verdad. Entonces como un mandato debemos escoger un vestido grande para la vida, libre al viento: olvidando lo malo, atesorando lo bueno, insistiendo en la bondad en el pensamiento y la acción. Entonces nuestras vestiduras serán el cielo y la tierra y el camino prometido se abrirá cual ancha avenida.

Cada cual con sus talentos

El abrirse camino por la vida es siempre un reto para cualquier joven en este mundo. La guía de nuestros padres o mayores ha sido, por lo general, la fuente de referencia y por ello del acervo familiar de actitudes hacia la enseñanza de sus hijos tomo de José A. Briceño algo de la metodología empleada por su padre: *“Me dieron un saco para recoger maíz; a veces lo llenaba demasiado y no podía levantarlo hasta mis hombros; resultado: rodaba con el saco; le quitaba mazorcas y entonces lo levantaba bien; en esta tarea nadie me obligaba a lo que no podía”*.¹¹

Bien es claro que no todos tenemos ni la misma fuerza ni la misma edad ni el mismo sexo, esto es, debemos saber medir nuestras fuerzas para conseguir llevar adelante nuestro trabajo. Pero a todos - a unos más y a otros menos- nos han sido dadas capacidades físicas, morales, intelectuales y espirituales para que nos ayudemos. Nadie nos obliga a hacer actos heroicos o contrarios a nuestra naturaleza y los plazos para ejecutar nuestras tareas se pueden ajustar a nuestras fuerzas y circunstancias.

Nuestro deber para con nosotros mismos es tomar el saco de nuestros proyectos y entonces con determinación y ni siquiera con prisa caminar por la ladera -muchas veces resbalosa-, equilibrando nuestras fuerzas con la pendiente y el peso de las mazorcas de maíz con el objetivo de llevarlas al granero.

¹¹ José A. Briceño. *Con mis Hijos* (Mimeografiado). 1980.

ORGANIZACIÓN

El pecado de los buenos

*“Llegaron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos”.*

Mi buen amigo Carlos a menudo cita un viejo romance español para referirse a la desventaja en que a menudo se encuentran los encargados de hacer cumplir la ley y el orden respecto al aumento de los delincuentes y este decir está muy relacionado a lo que manifestaba Nietzsche al decir: *“Oh hermanos, ¿Dónde reside el peligro más grave para todo porvenir humano? -¿No reside en los buenos y justos?”*. Porque cuando se trabaja en obras comunales a menudo hay que enfrentar ejemplos de tales aseveraciones y darse cuenta que éstas tienen su asidero en la desidia, envidia y otros males. Ciertamente es que nos hace falta poner lo mejor de cada uno de nosotros en cuanto a educación, organización y unir fuerzas para que prevalezcan los valores que deseamos en la sociedad.

Antes que combatir esto o lo otro debemos prevenir, preparar el terreno para que germine la semilla que sembramos en nuestras escuelas y templos y no otras hierbas que no interesan y saber que el sembrar no basta sino que debemos reforzar el esfuerzo inicial como se hace con una planta: abonando, regando y protegiéndola de las plagas y enfermedades. El pecado es dejar que el mal crezca como resultado de la corrupción, la impunidad, el compadrazgo e intereses creados. Para prevenir

esto, es necesario construir las herramientas basadas en la presencia del ciudadano en las actividades comunales para atesorar lo más valioso de la sociedad y diseñar los sistemas de seguridad que garanticen un libre desarrollo de cada individuo. Es necesario tener convicción sobre la labor comunitaria y no desesperarse por los resultados muchas veces insuficientes a sabiendas de que solamente al cabo de un trabajo prolongado y consciente obtendremos la prosperidad material y espiritual.

El elefante en la oscuridad

Existe un cuento sufí en el que un circo llega a un pueblo para divertir a la gente que paga su entrada al espectáculo; mas como sucede a menudo en nuestro medio, siempre existen personas que no tienen dinero para adquirir el boleto. En el relato, varios jóvenes de escasos recursos quieren conocer cómo es un elefante y amparados a la oscuridad de la noche se introducen por debajo de la carpa y se dirigen a tientas al lugar en donde se encuentra el paquidermo. Todos tocan al animal para darse cuenta de su forma. Al cabo de un rato, reunidos fuera del circo, comienzan a intercambiar opiniones de cómo es un elefante. Así, el que tocó una pierna le parece que ese animal es una especie de pilar o torre, en cambio al que agarró la trompa le parece que es una clase de serpiente y así sucesivamente. En suma, el elefante resultaba un animal muy diferente dependiendo de la parte dónde cada cual había tocado y con esas observaciones fragmentadas no había manera de conocer la verdadera forma del elefante. La carencia de luz era una gran limitante para los jóvenes del cuento.

A menudo, cuando tenemos un problema analizamos el asunto tomando en cuenta únicamente apreciaciones parciales y omitimos hacer un análisis integral. En el caso de problemas entre personas, muchas veces no escuchamos a todas las partes o si lo hacemos, a menudo no ponderamos con justicia los aportes individuales por causa de ideas preconcebidas que arrastramos. Para esto Álvaro Cedeño en uno de sus artículos (La Nación, 12 septiembre 2005) hace referencia a

una técnica que él llama “el Oráculo de Delfos” en donde una persona designada recibe las opiniones, hechas en forma anónima, de cada una de las personas del grupo. Entonces las asocia unas con otras y las devuelve más elaboradas al grupo para una discusión en pleno. Esta forma de “limpiar” las ideas de antagonismos o prejuicios que uno tenga respecto a otros es evidentemente una técnica muy valiosa para llegar a un consenso.

A estar guindando mejor caerse

Hacia los finales de la carrera de Licenciado en Química en la Universidad de Costa Rica tuve la oportunidad de hacer una pasantía de unos pocos meses en el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE) en Turrialba, compartiendo esa experiencia con mi colega y buen amigo Alfonso (Poncho). Con este propósito nos ubicamos en una pensión del lugar, compartiendo habitación, y viajábamos todos los días al citado Centro para entrenarnos en la disciplina de suelos. Huelga decir que una vez que terminábamos nuestras obligaciones diarias, casi siempre juntos íbamos a cenar o reunirnos con amistades. A mi temperamento silencioso y retraído se oponía el de Poncho, conversador y dinámico. Debo admitir que él comandaba las acciones y que gracias a su mediación hice más amigos de los que suelo hacer normalmente. Otro de los descubrimientos –gracias a Alfonso- fue saber que la mayoría de los costarricenses tiene un primo o conocido en Guadalupe.

Como consecuencia de las muchas situaciones ahí vividas rescato dos de sus más famosas oraciones, especie de comandos para ponerse en marcha. Para asumir el compromiso en pleno: “Si le huele la boca que sea por algo”, que en algunos casos significaba tomarse un trago de más y en otras no andar haciendo las cosas a medias. En tanto, contra la indecisión su consejo era: “A estar guindando mejor caerse.” Esta última oración me ha ayudado, desde entonces, a salir de la pasividad e inercia en que me he visto sumido en momentos críticos.

Es un asunto de soltarse de la “*seguridad*” de una situación no muy promisorio para dejarse llevar y remontar la ola, sin temor, con determinación y confianza. Adoptándolo como propio, he repetido este comando a muchas personas sumidas en la incertidumbre al enfrentar problemas complejos y los resultados al ponerlo en acción han sido muy positivos.

La sopa de piedras

Esta es una fábula sobre un hombre que no tenía nada que comer y se las ingenia para llevar algo a su estómago. Yendo pues por el camino recoge una piedra de regular tamaño y se la echa al bolsillo. Al cabo de un rato pasa por una granja y pregunta a la mujer del granjero si tiene un caldero para hacer una sopa a lo cual la aldeana responde positivamente. Adicionalmente también solicitó agua y fuego para preparar la sopa. Cuando el agua empezaba a calentarse, sacó la piedra del bolsillo y muy ceremoniosamente la agregó a la olla. Pero, ¿Cómo se puede preparar una sopa sin sal y olores? musitó. Por tanto, también pidió un poquito de lo que en todas las casas hay: apio, tomillo, cebolla, etc. Al cabo de un rato de observar cómo hervía el agua con la piedra, sal y los olores comentó que la piedra soltaba mejor si estaba acompañada de un buen hueso de vaca del que ya se había percatado la aldeana guardaba por ahí. Efectivamente, transcurrido poco tiempo, los nuevos hervores trajeron aromas muy estimulantes que llenaron toda la cocina por lo que el astuto hombre agregó que con buena yuca, plátano, papa, zanahoria y cualquier otra cosilla la sopa estaría mucho mejor. Y tenía la razón, pues al cabo de un tiempo que discurrió velozmente tras una buena conversación, la sopa estuvo lista. El hombre generosamente invitó a los ahí reunidos a compartir la sopa de piedra. Esta historia siempre se cita para señalar a los aprovechados, es decir, de los que toman recursos de otros para su beneficio y no dejan de tener razón los que así piensan, pero también puede

haber otra interpretación. Muchas veces vamos por la vida quejándonos porque no tenemos recursos para trabajar o que no encontramos empleo, que somos pobres; sin embargo, en el mundo hay muchos recursos pero precisa de caminar, hablar con otros y buscarlos. Una vez encontrados debemos tener una idea de cómo aprovechar esos recursos, o sea, debemos tener un proyecto para transformarlos. Efectivamente, a veces esos recursos están en manos de otros que los consideran basura, estorbo o problema. De ahí lo importante del proyecto y sus preguntas. -¿Qué necesito para hacer tal producto? ¿Qué necesito para llevar ese material a ese punto? Es necesario hacer un inventario de los recursos y teniendo la manera de disponer de ellos, proceder con las operaciones y procesos que sean necesarios para transformar las materias primas en productos terminados. Entonces esos productos se venderán o regalarán y de cualquier modo beneficiarán a alguien.

Leía en mis tiempos colegiales un suplemento dominical del periódico La Nación un artículo titulado “Una mano cerrada nada puede recibir” y en el texto se enfatizaba la generosidad que existe en la naturaleza y la mano abierta que debemos practicar con nuestros semejantes. Evitemos quejas acerca de la pobreza a sabiendas de que en el mundo hay mucha riqueza -tanta que algunos la desperdician- y que todos los días el sol sale y nos alumbra el camino a todos.

El mito de Caín

En su famoso libro *Demian*, el escritor Herman Hesse expone lo que él llama el “*mito de Caín*” refiriéndose a la actitud de las personas comunes hacia aquellas que sobresalen sobre las demás. Según podemos recordar del Génesis, a Caín, de paso más fuerte, le fue ordenado abandonar el lugar por haber victimado a su hermano Abel y en su frente se puso una señal para que pudiera ser reconocido como asesino.

A través de la vida a menudo nos encontramos personas que se destacan en los negocios, estudios, política, etc. y con frecuencia la gente les busca nexos extraños o indeseables. Por los tiempos que corren no vamos a pecar de ingenuos en creer cualquier tipo de afirmaciones; lo que procede es mirar con mucho detalle para conocer con certeza la verdad. Porque el destacarse sobre los demás es una cuestión de actitud, honradez consigo mismo, organización y trabajo intenso. Estos factores catapultan a la persona hacia adelante para cumplir los objetivos planeados. Así, el destacarse en un campo conlleva el ser más observado y debatido en cuanto a virtudes y defectos; pero quien camina por la ruta que le dicta su conciencia debe seguir su propio paso sin distracciones.

Burro que se enreda, burro que se ahorca

La vida puede presentársenos sencilla y clara o enmarañada y oscura, todo depende de cómo la llevemos. La sabiduría popular ha recogido algunos consejos al respecto y, paradójicamente a lo que se dice de ellos, se ha escogido al burro para ilustrarlos. José Hernández incluyó uno de ellos dentro de los consejos que un gaucho viejo y mañoso le daba al joven Martín Fierro cuando le decía que lo que uno precisa tener es la memoria del burro que nunca se le olvida adonde come. También mi amigo Fabio se refirió a los burros en una ocasión en que estábamos luchando por convencer a un grupo de colegas poco abierto a escuchar nuevas ideas sobre las bondades de una propuesta. Ya resignado de lo inútil que resultaba seguir insistiendo, afirmó: *"burro que se enreda, burro que se ahorca."* Y abandonó el asunto.

Nadie en la vida puede excluirse del trabajo y por tanto es natural caer en las rutinas, procedimientos y compromisos. Por esta razón es necesario trabajar con objetivos claros y una metodología apropiada. No hay que dejar campo a la contradicción por lo que debemos caminar desde un principio por la senda recta y teniendo un comportamiento claro, correcto, conscientes de nosotros mismos y respetuoso de los demás. Debemos ser correctos, sin compadrazgos, sin ataduras con el pasado ni condicionamientos para el futuro, decir la verdad desde un principio, revelar cuáles son las leyes del juego y anteponer siempre la buena intención en todas las acciones.

Nos ponen a barrer y... ¿se nos paran en la escoba?

A menudo en nuestra vida diaria nos vemos frenados -real o imaginariamente- por los demás y yéndonos por la cuerda más delgada le echamos la culpa a ellos del por qué no funcionamos de la mejor manera. Hablamos de la falta de organización en la institución en que laboramos, ya sea privada o gubernamental, culpamos a otros por falta de diligencia, nos quejamos de las leyes y reglamentos.

Normalmente, en el caso de instituciones del Estado, tratamos de obtener los recursos para poder hacer caminar la obra que nos proponemos llevar adelante y por alguna razón se nos dificulta el acceso a los mismos. Otras veces, como empresarios privados se nos hace interminable la serie de requisitos que nos ponen para la gestión de nuestras empresas. En fin, es un cuento de nunca acabar. Es claro que deseáramos se nos comuniquen sobre todos estos procesos o problemas y se nos ilustrase como solucionarlos. Necesitamos, evidentemente, simplificación de trámites administrativos para acelerar nuestras actividades y más transparencia que nos genere confianza en las instituciones. Debemos ser consecuentes de que además de las limitaciones que a veces nos imponen desde el exterior, existen otras que dependen de nosotros mismos. Algunas son físicas y otras mentales a las cuales debemos poner atención para superarlas o disminuirlas al grado que no sean obstáculo. Debemos buscar la armonía y anteponerla al antagonismo, egoísmo o envidia y saber que todos los hombres y mujeres somos cual cuerdas de una guitarra y que la inteligencia nos puede hacer vibrar al unísono respetando a cada cual, con sus pensamientos, particularidades y méritos.

La sociedad de La Argollita

En el último año de la secundaria en el Liceo Costa Rica nos encontramos Ibo, Fabio, Efraín y yo cansados de las disputas por alcanzar el efímero honor de ser Presidente de la Asociación de Estudiantes del colegio. De hecho, se habían formado grupos conocidos como “*argollas*” que aspiraban ganarse el electorado estudiantil. Por esa razón uno de los cuatro mencionados sugirió que formásemos una sociedad y que la llamásemos “La Argollita”. En esa sociedad, cuyo símbolo era un círculo o argolla, todos éramos de confianza, todos presidentes vitalicios, teníamos un carné firmado por todos y no se aceptaban más miembros. Como buenos amigos y compañeros de grupo nos veíamos todos los días pero no hablábamos particularmente de la sociedad. Desde entonces, han pasado más de 50 años y no nos hemos vuelto a reunir, no se han celebrado elecciones ni hemos disuelto la sociedad. En todo ese tiempo, Ibo, Fabio, Efraín y yo hemos sido, como recargo, administrador de negocios, farmacéutico, médico y químico, respectivamente.

Lecciones del fútbol

Hace un tiempo arribó a Costa Rica Badú, un entrenador brasileño de fútbol para hacerse cargo de uno de los principales equipos de fútbol del país. Su forma de entrenar y motivar a los jugadores resultó novedosa y por qué no decirlo exitosa a pesar de lo controversial. El promovía, entre otras cosas propias del deporte de las patadas al balón, que los jugadores consumieran bastante sandía, una fruta cuyas tajadas parecen sonreír con dientes negros a quienes las saboreen y que efectivamente endulzan el paladar a la vez que calman la sed e hidratan el cuerpo. Siempre reconoció que su esposa era su principal asesora, un buen principio de orden doméstico y seguridad dada la astucia y sexto sentido que las mujeres poseen, y el otro asesor era nada menos que un perico. Sabido es que tales animales emplumados repiten lo que su dueño les enseña y por tanto preguntarle al perico de la casa es una manera de interrogarse a uno mismo. Ni qué decir que el perico adquirió una gran notoriedad a nivel nacional y que el entrenador en cuestión tuvo bastantes detractores lo que no impidió a su equipo ser campeón nacional y él mismo ser nombrado posteriormente director técnico de la selección costarricense de fútbol. De esta última posición renunció luego de resultados que no satisficieron a los dirigentes nacionales siempre ávidos de resultados sobresalientes a corto plazo.

Posteriormente la prensa internacional reportó sus andanzas en países lejanos obteniendo buenos resultados con clubes e

incluso logrando un marcado éxito a nivel de seleccionado nacional en un país del Medio Oriente.

Un cronista deportivo preguntó “¿Qué es un equipo?” a Diego Simeone, famoso jugador internacional, miembro durante mucho tiempo de la selección argentina y posteriormente acertado entrenador. A lo que el futbolista contestó resumidamente: un equipo no es un grupo de amigos que pierden todos los domingos sino aquel grupo que cuando ingresa a la cancha lo hace con el objetivo de unir todos sus esfuerzos y habilidades para conseguir el triunfo.

Entonces uno pregunta sobre el papel de un entrenador o en una forma más general el de una persona cuya función es hacer que las cosas caminen de la mejor manera. Badú dijo en cierta ocasión: “*Al que no está no lo cuento*” cuando se le interrogó acerca de un jugador que tenía problemas de asistencia a entrenamientos. Recalcando con ello la importancia de la presencia perfecta, mental y activa en el cumplimiento de los deberes.

Mucho trabajo, motivación y disciplina son factores que catapultan a cualquier equipo, empresa o persona a alcanzar frutos abundantes. Muchas ideas excelentes pueden quedarse esperando ser convocadas de ahí la importancia del líder que llama, conversa y dirige a sus colaboradores en un ambiente de armonía y estímulo constante para ejecutar las propuestas. Todas estas cosas son repetidas –en campos de entrenamiento balompédico, algunas otras en lujosas salas de capacitación de personal- una y otra vez y son bien sabidas por casi todo el mundo, incluso, al menos por un perico.

El principio de Gabriel

Un estimado profesor universitario de nombre Gabriel nos contaba que cuando él se casó, por anticipado, declaró su posible culpabilidad de cualquier problema que se presentara en el hogar. Que un grifo goteaba en la noche: culpa de Gabriel; que una ventisca se llevó el techo del garaje: culpa de Gabriel y así por el estilo.

No hay problema en coincidir en la posibilidad de que todo lo que pase es culpa (o virtud) de uno. De hecho, ésta es una técnica recomendada para evitar discusiones innecesarias que, si se analiza con detalle, no concede la razón a quien no la tiene. Por otra parte, no importa que se llame “efecto mariposa” o qué sé yo, lo cierto es que todos los seres estamos entrelazados de una u otra manera y que, la mayor de las veces sin querer, podemos favorecer o perjudicar a otros.

Alguien decía que un hombre o una mujer deben comportarse de tal manera que no le importe ni lo afecte que lo que digan, de él o ella, sea o no cierto. No más, independiente de las olas que el accionar de uno genere en el hogar o en la sociedad, hay que hacer el bien todas las veces que se presente la oportunidad. El ser que habita en nuestro interior es inmutable, no muere ni puede verse afectado por circunstancia alguna. Lo que otros digan sin conocimiento de nuestros propósitos es circunstancial.

CONTAMINACIÓN

Alcohólicos Anónimos

Mi padre tenía la costumbre de asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos (AA) cuando trabajaba en Palmar Norte no porque tuviera problemas de alcoholismo sino porque sabía de amigos y familiares que sufrían esta enfermedad. En varias de sus cartas nos narraba los testimonios que los alcohólicos presentaban -ante otros en su misma situación- para recalcar el mensaje de abstención diaria de alcohol que el grupo recomienda a los que acuden en busca de ayuda. Uno de estos testimonios se refería a dos alcohólicos que hicieron una sopa de gato en un tarro y cuando se disponían a tomarla, un trabajador charlatán paso por ahí y les echó un guante de trabajo, todo sucio, en el recipiente lo cual no disuadió a los alcohólicos a tomarse la sopa. Como este relato, nuestro padre nos incluyó muchos ejemplos para recalcar lo nefasto de la toma de alcohol y la degradación que sufren varones y mujeres caídos en ese vicio.

Recuerdo haber leído algunos libros de Alfredo Oreamuno, mejor conocido como Sinatra, entre los que destaca el primero “Un Harapo en el Camino” en donde narra su vida en las garras del alcoholismo. Conversando sobre esos libros, una esposa de alcohólico acotó “cada persona lee y encuentra algo propio.” Haciendo referencia al sufrimiento del alcohólico, de sus padres, de su esposa, de sus hijos. Algunos como Oreamuno lograron superar esta dependencia, en tanto otros -muchísimos- perdieron sus vidas intoxicados con el alcohol, sufriendo lo indecible en la pobreza y el abandono.

Yo encontré el mismo panorama narrado en esos libros cuando, en 1957, nuestra familia se trasladó a vivir en barrio Lujan. No sólo ahí sino en sus alrededores –barriadas cercanas a la Plaza González Víquez- había cantinas por doquier y muchos alcohólicos, de ambos sexos, en el mayor desamparo. Numerosos alcohólicos deambulaban por las calles pidiendo dinero o haciendo pequeños trabajos o ‘mandados’ con el afán de obtener dinero que les permitiera comprar alcohol. Me recuerdo de una ocasión en que uno de estos alcohólicos, con los ojos enrojecidos y temblando sin control, me solicitó -cuando pasaba frente a una farmacia- que le comprara “un cuatro” (cincuenta céntimos) de alcohol. Otras veces veía una banda de borrachos, sentados en cualquier acera, compartiendo algún alimento que bien podía ser un bollo de pan o una piña. Algunos me eran conocidos, sabía sus nombres, porque pertenecían a familias radicadas en el barrio, y otros me eran extraños pues pertenecían a grupos que, como aves migratorias, se desplazaban por un sector más amplio del sur de la capital.

Por ese tiempo empecé a distinguir a los “chicheros” y los “tanderos”. Según me decía un amigo de AA los “chicheros” son los de personalidad ansiosa que siempre quieren tomar y normalmente lo hacen todos los días, al decir popular se mantienen “en una llamita”, en tanto que los “tanderos” son aquellos que pueden durar un buen tiempo sin acercarse al licor pero que cuando se enfiestan duran periodos muy largos tomando en forma desmedida, son los que “se montan en la carreta”. De acuerdo con ese amigo, los “chicheros” tienen éxito con el programa de AA toda vez que el compromiso que adquieren es por sólo 24 horas, es decir por el presente día; en tanto los “tanderos” son difíciles de tratar porque pueden durar años sin tomar y aun así caer en la tentación del

alcohol de un momento a otro.

Uno de mis colegas, Álvaro, murió por esa adicción. Él era de un cantón de Alajuela y vivía en una pensión en los alrededores de San Pedro de Montes de Oca. Era un estudiante que tenía muy buen rendimiento a pesar de que faltaba a clases, excepción hecha de los laboratorios en donde la presencia era obligatoria. En fecha cercana a los exámenes aparecía en los grupos de estudio para actualizarse sobre el desarrollo de los temas del curso. Cuando nos graduamos de Bachillerato nos ofrecieron horas para supervisar el trabajo en el laboratorio a estudiantes de un curso introductorio de química analítica. Debíamos trabajar de 5 pm a 9 pm, dos sesiones a la semana, por lo que teníamos que regresar juntos en bus a San José. Álvaro siempre estaba interesado en tomarse una que otra copita. Cuando se graduó de Licenciado, mi amigo consiguió un buen puesto en una oficina gubernamental. Mi amigo llegó a tener a cargo una jefatura pero siempre sus problemas de alcohol lo persiguieron. A pesar de que no lo volví a ver tenía noticias de él porque otro colega a quien yo veía más a menudo me mantenía al tanto. Así supe que había muerto como consecuencia del alcoholismo unos años después cuando todavía era joven.

Los ejemplos sobran, entre amigos, conocidos y familiares, que han sufrido el embate del alcohol. Discusiones que generan riñas y agresiones a familiares y amigos aparecen todos los días en la portada de los diarios amarillistas y son un índice del deterioro a la familia y sociedad resultado de la ingesta desmedida de bebidas alcohólicas.

A pesar de todo lo comentado, no todos los casos han ido al abismo. Gracias a la solidaridad de organizaciones como AA, el Instituto sobre Alcoholismo y Farmacodependencia (IAFA), Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS), oficinas de la

seguridad social del Estado, hospitales, iglesias, y personas de buen corazón, una importante cantidad de personas ha logrado recuperarse del alcoholismo y la drogadicción. Un buen ejemplo fue José, mecánico de oficio, quien vivió muchos años en el alcoholismo y que se recuperó con la ayuda de AA y los consejos de vecinos y ha logrado tomar posiciones de liderazgo en el movimiento de alcohólicos anónimos. Otro buen ejemplo es el de Rodrigo, un distinguido profesional en el área de la salud, quien también encontró apoyo en los grupos de AA, y que se convirtió en conferencista y autor de libros para motivar la dura lucha del día a día de los alcohólicos anónimos.

A mí me tocó convivir con alcohólicos en mi sitio de trabajo y a pesar de que algunos nunca se recuperaron, pude tener la alegría de saber que otros abandonaron el vicio y viven para dar testimonio de sus sufrimientos del pasado alcohólico y la alegría del momento presente libre de drogas.

La cabeza que habla

En mi niñez leí un cuento árabe acerca de un rey enfermo que había gastado una fortuna buscando solución a un mal que lo aquejaba sin conseguir mejoría alguna. Entonces arribó un médico forastero que ofreció curar al monarca y efectivamente lo hizo en poco tiempo, lo cual le significó muchas distinciones que, por razones humanas, suscitó la envidia de algunos cortesanos que tácitamente empezaron a conspirar contra él.

Tanto fue la fuerza de la intriga que el médico, antes ensalzado, cayó en desgracia ante el rey y fue condenado a muerte por decapitación. Al momento de la ejecución, aprovechando la gracia que le era concedida a los condenados, el médico pidió que, una vez ejecutada la sentencia, trajesen en una bandeja su cabeza al rey. Complacido en esta última petición, se encontró la cabeza del médico ante el rey sentado en su trono. Al punto la cabeza habló al rey y le pidió que abriese un libro que éste tenía cerca y que había sido propiedad del médico. Seguidamente le solicitó al monarca que pasase las hojas en busca de un mensaje escrito especialmente para él. Procedió el soberano a pasar las hojas, mojándose los dedos con la lengua para facilitar esta maniobra; pero el mensaje no apareció en el libro, que hasta su última hoja estaba totalmente en blanco. El rey así se lo hizo saber a la cabeza parlante, a lo cual ésta contestó que ella lo sabía y que cada página había sido impregnada de un poderoso veneno. Pocos minutos después el monarca murió.

Desde la preparatoria y en nuestros hogares se nos insiste en que nos lavemos constante y meticulosamente con agua y jabón las manos antes de comer, después de ir al baño, o manipular dinero, etc. Por otra parte, en los cursos iniciales de microbiología siempre se enseña lo fácil que es transmitir los microorganismos por el acto de estrechar la mano al saludarse y lo nefasto que resulta tocarse constantemente y en forma casi inconsciente la boca, ojos y nariz. Sabido es que por estas vías podemos adquirir enfermedades que en muchas oportunidades pueden afectarnos seriamente, e incluso causarnos la muerte.

El rey Midas

Midas era un rey muy rico y poderoso pero igualmente ambicioso. En la fábula en cuestión este rey recibe de los dioses la facultad de convertir todo lo que toca en oro. Excitado por ser poseedor de tal cualidad empieza a tocar objetos de poco valor y para su deleite se convierten en objetos de oro. La hora triste llega cuando Midas tiene hambre pues la comida -apenas la toca- se convierte en oro y el agua para saciar su sed también. Peor aún, convierte en oro a su bien amada hija que emocionada le extendía sus brazos. Entonces el desconsolado Midas le ruega a las deidades que le quiten esa facultad.

Una de las conclusiones de esta fábula está relacionada con el valor de las cosas y el trabajo. Todo el oro de este mundo podría estar enterrado a unos kilómetros bajo tierra y bien podríamos seguir viviendo igual, basta con la riqueza generada por el trabajo honrado. Por otra parte, suficiente es aceptar la realidad en la que uno se encuentre, pobre o rico, para ser libre de la tentación de los bienes terrenales.

Todo lo que toca la ambición se contamina, el uso desmedido y desordenado de los recursos conduce al desperdicio. Con el afán de producir más, de llegar más lejos, el hombre contamina sus aguas, su aire y su suelo con residuos peligrosos y con desechos contaminantes. El agua entonces no se puede beber, los frutos están contaminados, los huevos de las aves silvestres no eclosionan, los peces mueren en los ríos.

El hombre moderno -en su afán desmedido de obtener riquezas- ha venido contaminando su ambiente en forma alarmante y ahora -rodeado de residuos, respirando aire enrarecido, sufriendo inundaciones y avalanchas- empieza a recibir, el castigo por el desequilibrio que su avaricia ha venido generando en la Naturaleza.

